

21
24



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

**MARIANO AZUELA Y MARTIN LUIS GUZMAN,
ESCRITORES DE LA REVOLUCION MEXICANA**

T E S I S
QUE PRESENTA
HUMBERTO NICASIO OLVERA
PARA OPTAR POR LA
LICENCIATURA EN CIENCIAS DE
DE LA COMUNICACION

MEXICO, D. F.

1987.



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

Introducción

Capítulo I. Antecedentes Histórico-literarios de la Novela de la Revolución Mexicana.

Capítulo II. El Ateneo de la Juventud: puente entre dos épocas.

Capítulo III. Mariano Azuela: vida y obra.

Capítulo IV. Martín Luis Guzmán: vida y obra.

Capítulo V. Comparación de dos estilos.

Capítulo VI. Periodismo, Literatura y el Concepto Oficial de la Revolución Mexicana.

Conclusión.

Bibliografía.

Pese al alto índice de analfabetismo de la población en los primeros años del presente siglo; la prensa escrita jugó un papel de gran importancia en la Revolución mexicana; puesto que los periodistas e ideólogos de esta época implantaron (sobre la lucha misma) una base ideológica a la lucha armada y sentaron las bases del sindicalismo mexicano.

Mostrar que las obras literarias de Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán ilustran el momento histórico que fue la Revolución mexicana; que son obras pesimistas acerca de los resultados de la lucha; que han contribuido a la mitificación del movimiento y sus caudillos; y que contradicen y refutan, en gran medida, el concepto oficial de la Revolución mexicana.

Asimismo se pretende cubrir los siguientes objetivos:

Mostrar que la narrativa de la Revolución mexicana - ilustra y desglosa un momento histórico en el cual se aprecian las actitudes, motivaciones y costumbres del pueblo mexicano; las distintas ideologías, o la carencia de ellas, que dieron vida al movimiento armado.

Mostrar que el trabajo periodístico puede no ser efímero y trascender cuando se le da un tratamiento literario; como en el caso de las obras de Martín Luis Guzmán; esto sin perder de vista la objetividad que hace posible un trabajo periodístico digno de crédito.

Señalar las diferencias y similitudes de los escritores Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán a través de sus obras; así como su pensamiento político y su importancia en la formación de la corriente literaria que la Novela de la Revolución; corriente literaria que determinó el trabajo literario nacional de más de medio siglo.

El presente estudio no pretende ser exhaustivo en cuanto a la labor literaria de los dos escritores aquí tratados. Más bien se trata de ubicar a Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán en un momento crucial para la Historia del país: la Revolución Mexicana; así como señalar las circunstancias históricas y el ambiente social de la época, que magistralmente ha quedado plasmado en sus obras.

El breve estudio de los antecedentes literarios de la Novela de la Revolución Mexicana es indispensable para poder determinar el origen de éstas; así como el análisis histórico de la sociedad porfirista y su doctrina positivista. Doctrina que permitió el surgimiento de una nueva generación de mexicanos que buscaban una conexión con su pasado cultural y un cambio en el sistema académico; así como el estudio de otras corrientes del pensamiento: el Ateneo de la Juventud.

La finalidad es presentar la labor literaria de dos escritores mexicanos que vivieron y escribieron acerca del momento trascendental en la historia de México; representantes del momento que vivieron y de la sociedad de que nos hablan en sus obras.

Es importante hablar de las corrientes del pensamiento que influyeron en su formación personal e intelectual. Estos dos autores fueron participantes directos en la lucha armada. Sus escri-

tos han enriquecido la literatura nacional y han servido para afirmar o negar y contradecir -según el caso- el concepto oficial que se tiene, y que se imparte, de la Revolución Mexicana.

El periodismo jugó un papel muy importante en la Revolución Mexicana, En esta etapa de la vida de nuestro país, el periodismo sirve, algunas veces, de fuerza motriz en el movimiento. Pese a que la mayoría de la población era analfabeta.

La finalidad de un estudio histórico-literario es volver los ojos hacia México, hacia nuestra propia realidad nacional. Y qué mejor que adentrarse en el género de la Novela de la Revolución Mexicana, tratada por dos de sus principales exponentes; pues en el trabajo literario aparece con toda su fuerza la afirmación nacionalista mexicana.

CAPITULO I

ANTECEDENTES HISTORICO-LITERARIOS DE LA NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA

La novela mexicana fue casi inexistente durante la época colonial. Nuestra cultura era dependiente de la cultura española, aquí se imitaba lo que se vivía en la Metrópoli.

En los primeros años del siglo XIX casi toda América Latina logra independizarse; sin embargo, nuestro panorama económico, social y cultural, duante mucho tiempo continuó siendo, aunque cada vez en menor medida, sólo reflejo del español.

La novela mexicana habría de surgir coincidiendo con el movimiento de independencia. En 1812 se inició en la vida de periodista, José Joaquín Fernández de Lizardi, escritor voluntarioso que publicó sucesivamente siete distintos periódicos. Desde "El Pensador Mexicano", que apareció sólo durante dos años, hasta "El correo semanario de México"; constituyen un retrato realista y perspicaz de las costumbres y defectos observados en la sociedad de su tiempo.

La preocupación didáctica y la tendencia a moralizar se advierten en su labor periodística y en su obra literaria. Respondía, así, a las exigencias de su tiempo. Fue el primero de los novelistas hispanoamericanos y pinta la más interesante colección de tipos característicos de aquella época, de aquella sociedad; enumera las virtudes y los vicios de los mexicanos, describe su organización social tal como lo fue en el siglo XIX. En este ambiente de pobreza y miseria, Lizardi describe al personaje de su

más famosa obra El periquillo sarniento.

En la segunda mitad del siglo XIX, la novela mexicana alcanza un auge y esplendor nunca antes tenido. Llega a asumir una forma artística, y ofrece dentro del Romanticismo y el Realismo, los más variados aspectos: el histórico, el costumbrista, el psicológico, el de tesis política o social. Manuel Payno con su obra El pistol del diablo representa un archivo que guarda el recuerdo de los usos de la antigua sociedad mexicana: sus refranes, su lenguaje, sus vestidos, sus preocupaciones y sus tendencias.

Payno se asemeja a Fernández de Lizardi por la falta de sentido artístico y la negligencia del estilo; más, se diferencia en que a él no le interesa "moralizar", sino "interesarse". Introduce el elemento fantástico, y con él se inicia la novela comunmente llamada "de folletín". Casi al término de su vida Payno escribe su más famosa novela Los Bandidos de Río Frío, novela naturalista, humorística, de costumbres y crímenes.

Vicente Riva Palacio, fundador de EL Ahuizote, aparte de dedicarse al periodismo cultivó el género histórico, la crítica, el teatro, la poesía y la novela. Ignacio Manuel Altamirano es el primer escritor que se preocupa por el arte de la composición novelística. Sus novelas, que tienen una bien lograda estructura artística, concibe la trama de ellas con un gran sentido de la proporción, de la unidad, de la sobriedad y de la concisión. Sus obras El Zarco y La Navidad en las montañas demuestran lo anterior.

La novela de costumbres de esta época (1870-1890) está representada por José Tomás de Cuéllar, quien utilizaba el seudónimo de "Facundo", y aunque cultivó la literatura dramática y la poesía,

la celebridad de este escritor radica en la novela y en el artículo de costumbres. Gustaba de la novela y para estar a tono con su época, empezó a inclinarse por el género histórico. Sus obras completas se publicaron en veinticuatro volúmenes bajo el título general de "La linterna mágica", en 1892.

Emilio Rabasa (que terminó dedicándose al Derecho, pues nunca volvió a escribir Literatura) tiene como mérito el haber introducido el realismo en la literatura mexicana. Rabasa, sin desatenderse de la pintura del ambiente, sin dejar de resaltar las costumbres, resaltarán los caracteres y dará a la novela una trascendencia en lo político y en lo social. El seudónimo utilizado por Rabasa fue el de "Sancho Polo" y se puede encontrar su ascendencia en los novelistas españoles de su época y sobre todo en Benito Pérez Galdós, a quien sigue en composición y estilo. Sus novelas "El Cuarto Poder" y "Moneda falsa" nos han dejado una excelente copia de tipos humanísticos y características de los ambientes que reflejó.

Otro representativo del realismo en el género novelesco y el primer cultivador que de la novela de ambiente rural aparece en las letras mexicanas es José López Portillo y Rojas. Cultivó la poesía, el teatro, la crítica y la historia. Aunque fue admirador de los novelistas ingleses, resultó influido, sobre todo, por sus contemporáneos españoles. Se opuso a las corrientes literarias francesas que se habían introducido en la literatura mexicana; él proclamaba la necesidad de acentuar nuestro nacionalismo procurando no apartarnos de nuestra lengua materna.

Un importante costumbrista del siglo pasado es Angel del Campo "Micros"; quien también fue un gran humorista, y sobre todo un poeta. Su ternura se manifiesta en favor de los humildes, de los que

sufren, incluso hacia los animales. Conocía a fondo las clases bajas y su modo de vida; aunque sus preferencias de costumbrista estaban por la clase media mexicana.

La influencia francesa que se hacía sentir en la producción novelesca de finales del siglo XIX se manifestó, también en poetas como Gutiérrez Nájera y Amado Nervo; y sobre todo en Federico Gamboa, escritor que cultivó la llamada novela "Realista Experimental"; siguió los pasos del francés Zola en lo referente a los personajes, el ambiente y las condiciones en que los actores de sus novelas y dramas tienen un desenlace fatal.

Un antecedente más claro de la Novela de la Revolución lo encontramos en Tomóchic, de Heriberto Frías. Esta obra es la crónica de la destrucción de un pueblo del estado de Chihuahua por las fuerzas federales del gobierno de Díaz. Los habitantes habían cometido la gran osadía de rebelarse ante las autoridades, negándose a seguir dependiendo de un gobierno que únicamente los tomaba en cuenta para la recaudación de impuestos. Heriberto Frías, testigo y participante de los acontecimientos, escribió el dramático testimonio de la represión que sufrieron los temochitecos en el año de 1892.

La obra refleja la realidad con toda la objetividad de que es capaz su autor. Es parte de los escritores realistas que surgieron entre 1880 y 1910; coincidiendo con el periodo de Díaz en el poder. La novela Realista recibió la influencia -y con ella los escritores realistas mexicanos de este periodo- de los escritores franceses - Balzac, Flaubert y Zola, éste último iría más allá y sentaría las bases del Naturalismo.

Influyeron, también, en la novela realista, los españoles Alarcón, Pérez Galdós, Pardo Bazán y Palacio Valdés. En general se puede decir que estos escritores influyeron en las obras literarias hispanoamericanas que se escribieron después de 1880.

La novela Temóchic, en su versión original fue escrita en forma apresurada por el joven oficial del ejército, Heriberto Frías, - con la única intención de hacer pública la verdad de lo ocurrido en ese pueblo. Frías fue un decidido opositor de Díaz, y dada la fecha de su edición definitiva (1906), debe considerarse como el antecedente directo de la Novela de la Revolución. Además en las páginas de la novela se encuentran muchos de los tipos humanos, como las soldaderas, que serán figuras centrales en obras posteriores, ya dentro de la narrativa revolucionaria. El valor social de Temóchic consistió en reflejar nítidamente la situación del pueblo en México en su enfrentamiento con las fuerzas de la dictadura.

A lo largo de la historia de nuestro país, la producción literaria, en especial lo que se refiere a la novela anterior al siglo XX, ha sido más bien pobre.

En lo que se refiere al siglo XIX, sólo se puede hacer mención a unos cuantos escritores. Las novelas de este siglo demuestran una gran pobreza idiomática. Salvo los estilos literarios de José López Portillo y Rojas, Victoriano Salado Alvares, Rafael Delgado, Federico Gamboa -influidos por la literatura realista española y la naturalista francesa-, los demás son pobres; aunque con frecuencia se ven animados por un gran sabor popular, a veces casi rústico, como se nota en las novelas de Lizardi, Cuellar, Inclán, Altamirano, Payno, Riva Palacio y Del Campo. De todas maneras se apoyan en las costumbres del pueblo, o en la vida cotidiana de la ciudad. En todo momento México está presente.

Durante finales del siglo pasado y principios de este, los novelistas mexicanos, así como la clase en el poder, imitaron el trabajo artístico de los intelectuales franceses. Los artistas y profesionistas mexicanos se iban a la Ciudad Luz para educarse y para traer a su país algo de ella. El positivismo, de Comte, fue aplicado al plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatorio por Gabino Barreda. La alta sociedad porfiriana bebía "cocktails" y vivía en casas construidas con arquitectura francesa. Porfirio Díaz copeaba la forma de vestir de los monarcas europeos, sobre todo en uniformes militares, los intelectuales eran llamados "científicos" por el pueblo. Se pregonaba "Orden y Progreso"; novelistas como Zola estaban muy en boga. México imitaba todo lo francés, todo lo europeo; y lo hacía tan bien, que casi había desaparecido como entidad propia y diferente.

Sin embargo, había unos pocos mexicanos deseosos de manifestar y realzar lo netamente mexicano; José Guadalupe Posada pintó la vida de las barriadas pobres y auténticamente mexicanas. Heriberto Frías se preocupó por las mujeres en campaña, en su novela Tomóchic. Pero los esfuerzos de estos pocos hombres no pudieron con un régimen político-social-cultural cuyas bases fueron cimentadas en una completa falsedad, en una buena imitación de un bienestar que sólo disfrutaban los poderosos. Y sólo con la Revolución fue abierto el paso hacia el sentir verdadero de lo que sí es mexicano y el modo de expresarlo.

En el campo literario, la novela mexicana nació con el libro de Fernández de Lizardi, El periquillo sarniento, publicada en -- 1816. Novela picarezca y auténticamente mexicana, ésta comprende la primera muestra del espíritu mexicano, en cuanto a un afán de

interpretarse a sí mismo e indicar, a la vez, una preocupación social. Después de Fernández de Lizardi hubo unos cuantos poetas y escritores que se dejaron influenciar por lo que él había escrito, luego de sus observaciones.

En literatos como López Portillo y Rojas, Díaz Cobbarrubias y Delgado se advierten rasgos de Fernández de Lizardi, sobre todo en su deseo de pintar con fidelidad a nuestro país. También en el poeta Guillermo Prieto se distingue una corriente hacia la tendencia de fijarse en su país y en su raza.

Para la segunda mitad del siglo XIX se deja sentir el sistema de imitación, lo cual hizo que la mayor parte de las manifestaciones artísticas, no importa la rama, tuvieran más que ver por su asunto, su estilo y su ideología, con el extranjero que con México. Lo francés fue lo más imitado. Gentes como Justo Sierra muestran influencia de Dumas. También se habían introducido en los círculos literarios de la época, ingleses como Austen, y Walter Scott; así como los españoles Fernández y González y Pérez Galdós.

El mexicano Emilio Rabasa publica en 1887 la primera de cuatro partes de una novela que hubo de dar principio a la novela política y social en México; y serviría como antecedente directo de la novela que más tarde iba a nacer de la Revolución Mexicana y a apoderarse de la escena literaria durante gran parte del presente siglo. Cinco años más tarde habría de aparecer Tomóchic, novela franca y realistamente social. Esta obra que relata los episodios ocurridos en Chihuahua en los años 1891 y 1892, escrita con más simpatía por los rebeldes que para las fuerzas nacionales. El castigo de Díaz no se hizo esperar. Frías, el autor, fue dado de baja en el ejército y el periódico "El Demócrata", que publicó la novela por primera vez, fue suprimido.

Pero la mecha ya estaba encendida. Mariano Azuela influenciado por Emilio Zolá e inspirado en la miseria del pueblo, escribía cuentos cortos que demostraban la insatisfacción reinante en el país. También, Federico Gamboa escribió un drama con tema revolucionario.

Salvo Heriberto Fría con su novela Tomóchic, todos los narradores hasta aquí señalados, cuya tradición artística arranca con el primer realista mexicano, Fernández de Lizardi, persisten en la intención moralizadora, abundan en las descripciones y son muestra innegable de un país joven, de organización semi-colonial en el que todo se intenta y se ensaya.

La gran mayoría de los autores se limitan a pintar más o menos fielmente y objetivamente las costumbres de su tiempo; pero se abstienen de criticar, no transmiten un deseo de transformación social; no sugieren soluciones a la problemática que vivían, ni avisan los tiempos en que una organización más justa haga desaparecer los contrastes económicos, políticos y sociales.

Durante los últimos años de la dictadura de Porfirio Díaz, las clases acaudaladas detentaban el poder explotando a una enorme población en su beneficio. Estaban integrados por latifundistas que se habían enriquecido gracias a las Leyes de Reforma, adquiriendo bienes del clero, por ser intermediarios entre el país y los inversionistas extranjeros, cuyos capitales se dedicaban a la explotación, sobre todo, de la minería y el petróleo.

Estos grupos mantuvieron a Díaz en el poder. El aparato gubernamental estaba rígidamente centralizado y la dictadura reprimía con crudeza todo intento de protesta mediante un fuerte ejército

to. El ideal de los "científicos" (el pequeño grupo que gobernaba con Díaz y que se guiaban por la filosofía positivista) era manejar el país por medio de una oligarquía criolla que se apoyara en el capital extranjero.

Los terratenientes habían arrebatado la tierra a las comunidades campesinas y la totalidad de esa tierra se encontraba en manos de sólo ocho mil propietarios. Los peones de las haciendas continuaban en la servidumbre. Casi el cien por ciento de los campesinos sembraban y cosechaban tierras ajenas, aproximadamente diez millones de hombres cambiaban su trabajo en las "tiendas de raya"; sistema de explotación que apenas les permitía sobrevivir, heredando deudas de padres a hijos.

En esta situación surgen las huelgas de Cananea y Río Blanco que fueron sofocadas a punta de balazos. Es en esta difícil época que surge el periódico "Regeneración", de Ricardo Flores Magón, uno de los más fuertes opositores al régimen de Díaz y antecedente directo de la Revolución. Ricardo publicó su periódico en México, primero, y después en el exilio, desde Estados Unidos, y al igual que sus hermanos era anarcosindicalista.

Otro antecedente importante lo fue el surgimiento de la agrupación de intelectuales llamada Ateneo de la Juventud. Esta generación de jóvenes surgida de las aulas del positivismo incluía a filósofos, críticos, novelistas, poetas, etc. Sin olvidar al pintor Diego Rivera y al músico Manuel M. Ponce.

Hasta entonces México era una copia de Francia (en lo referente a las manifestaciones artísticas y a la forma de vida de la clase alta), sin embargo, los jóvenes intelectuales que formaron el "Ateneo" se nutrían de otras corrientes del pensamiento y volvían

los ojos hacia su país, hacia sus raíces, costumbres y tradiciones.

Precisamente, el surgimiento de la Revolución, con toda su vigencia, habría de fomentar a la narrativa revolucionaria, narrativa que rompía con los moldes extranjeros y manifestaba un modo propio de sentir, completamente mexicano.

La actuación dentro del movimiento armado y la vivencia de la lucha en todo su apogeo se transformó en literatura de narraciones apasionadas, verídicas y autobiográficas. Las obras narrativas que ha inspirado la Revolución Mexicana son, por la crudeza de sus descripciones, por la realidad intensa que plasman y por lo novedoso de las técnicas, una de las más valiosas manifestaciones y aportaciones de la literatura de habla hispana.

Cabe señalar que simultáneamente con el surgimiento de la narrativa revolucionaria surgen otras manifestaciones artísticas como la pintura mural de Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, que tiene raíz nacionalista, revolucionaria y se desarrolla, sobre todo, con la etapa de José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública.

CAPITULO II

EL ATENEO DE LA JUVENTUD: PUENTE ENTRE DOS EPOCAS

Cuando en el siglo pasado Gabino Barreda tomó a su cargo la cuestión educativa pronunció un discurso en el cual declaraba que en lo sucesivo nada se resolvería por la vía revolucionaria, todo por la ruta de la legalidad, por la senda de la Constitución.

Habló, entonces, que la divisa de los mexicanos sería libertad, orden y progreso. La libertad como medio; el orden como base y el progreso como fin. Se sentaban ya las bases ideológicas que sustentarían a la dictadura de Porfirio Díaz por más de tres décadas.

Precisamente del seno de las filas positivistas salió el impulso que acabó por derribar esa doctrina como sistema pedagógico. Al finalizar el siglo XIX la filosofía positivista imperaba en las instituciones oficiales del país. Esta doctrina en las versiones de Comte y Spencer se introducía en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria y en las demás escuelas dependientes del Estado y se erigía de manera hegemónica en la vida intelectual del país. Fuera de ella no se concebía posible encontrar la verdad.

Sin embargo, a comienzos de este siglo, un grupo de jóvenes autodidactas empieza a destacarse en el ambiente cultural del país. Se rebelan contra la filosofía oficial y se dedican a leer y meditar en pequeños cenáculos, justamente a aquellos autores que no incluían los programas oficiales.

La formación de este grupo de jóvenes y su participación en la vida intelectual de México, a través de conferencias, es todo un acontecimiento, pues significa que una minoría hambrienta de nuevas fuentes de saber, se separa del Positivismo para respirar una cultura más amplia.

El año de 1910 constituye uno de los momentos más trascendentales en la historia de México. No sólo en cuanto a los cambios político-sociales, sino también para su evolución cultural. A estas alturas el Positivismo es incapaz de responder a las interrogantes que formulan las nuevas generaciones.

Esta agrupación de jóvenes cuestionaba los más graves problemas morales. Refutó públicamente el Positivismo, base ideológica de la dictadura. A partir del año de 1906, en el taller del arquitecto Jesús Acevedo, hombre culto y profundo crítico de arte, se reunían Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y otros intelectuales. Se leía literatura griega, española, a escritores como Dante, Goethe, Schopenhauer, Nietzsche y se atacaban las ideas positivistas de Comte, Spencer y Mill.

Cuando se celebra el Centenario de la Independencia de México, la generación del Ateneo ya había madurado, coincidiendo con el movimiento popular contra Díaz. Las conferencias que entonces sustentaron seis de sus principales miembros expresan en toda su plenitud el pensamiento de los hombres de nuestro país que con sus palabras cierran, así, el siglo XIX.

El 28 de octubre de 1909 se funda el Ateneo de la Juventud por Pedro Henríquez Ureña, y es el primer centro libre, de cultura, que

nace entre el ocaso de la dictadura porfirista y el amanecer de la lucha revolucionaria iniciada en 1910.

Por consiguiente, esta agrupación tiene fisonomía propia, es el refugio de una nueva era del pensamiento en México. Lo forma una generación que se define así misma con perfiles propios. José Vasconcelos es el primero en presentar a los ateneístas como una generación nueva. Declara: "el Ateneo fue organizado para dar forma social a una nueva era del pensamiento".

Uno de los principales maestros de los ateneístas fue Justo Sierra, quien en su cátedra de Historia, los llevaba a dudar de la ciencia positivista, al terreno de lo que es la cultura; sus bienes y sus valores. Sin embargo, no únicamente fue Sierra quien entendió las inquietudes de la juventud; también fueron profesores de los ateneístas Ezequiel A. Chávez, Porfirio Parra, José María Vigil, Pablo Maceda y Luis G. Urbina.

Estos hombres, junto con las lecturas de autores como León Tolstoi, Oscar Wilde, Kant, Hegel, Ruskin y otros más, impulsan al grupo a deliberar contra el fetichismo de la ciencia, y a pensar en la necesidad de acercar el espíritu a las fuentes puras de la filosofía y las humanidades; y que era menester generalizar estas ideas no sólo entre la clase ilustrada, sino también entre el pueblo. Afortunadamente y también acertadamente estos jóvenes demolidores del sistema estaban animados por un espíritu constructivo, al destruir un sistema pedagógico casi semisecular, supieron orientar a la juventud por los caminos de la cultura moderna.

Al iniciarse las sesiones del Ateneo de la Juventud, México era un país que carecía, casi por completo, de literatura, de arte,

de filosofía, que fueran propias, que no tuvieran influencia europea. Pero en ésta época, el grupo de intelectuales sienta las bases de una cultura nacional. Los integrantes del grupo se movían con aspiraciones diferentes, pero los identificaba una preocupación afín: rebasar los límites de su educación positivista, reaccionar contra la disciplina que era insuficiente para responder a las interrogantes que planteaba una época cargada de revelaciones.

El impulso que tuvo el Ateneo se debió en gran medida a la apertura que hiciera Justo Sierra, quien en su discurso inaugural de la nueva Universidad, pronunciado en el año del centenario de la independencia, en septiembre, reconoce y acoge el nuevo idealismo francés, así como la nueva crítica de la ciencia, esto con el propósito de asignar al empirismo su justo lugar.

Los autores y libros que leían los ateneístas y que aunados a la docencia de los maestros ya mencionados, influyeron para que se fueran apartando del Positivismo, han sido confesados también por ellos. José Vasconcelos reconoció que las lecturas que influyeron en su grupo fueron las de Schopenhauer, Kant, Boutoux, Bergson, Poincaré, William, Wundt, Nietzsche, Schiller, Taine, Croce, Hegel y otros autores.

En el campo literario no se confinaron dentro de la Francia moderna. Leían a los griegos, ensayaron la literatura inglesa, tomaron en cuenta a los literatos españoles. Quienes lograban ir a Europa no iban ya a inspirarse en la ostentosa tradición de las academias; sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar las nuevas tendencias culturales. Al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daba de sí la tierra nativa, la tierra mexicana y su glorioso pasado histórico. Es ahí donde se gesta la nueva concepción artística mexicana.

Los integrantes del Ateneo formaban un grupo de lo más hetero g^o: en los cenáculos se daban cita los literatos, poetas, músicos y pintores que habían logrado destacarse en aquellos años. El principal propósito de esta agrupación era organizar conferencias públicas para propagar el amor a las bellas artes y al conocimiento. En cada una de las conferencias se deleitaba al público con la ejecución de música de Chófn, Bethoven, Bach, etc., y con decla maciones de poemas originales de Alfonso Reyes o de otros miembros del Ateneo.

Conforme se hicieron más regulares las reuniones de los atene ístas el grupo se hizo más numeroso, hasta quedar conformado por los siguientes personajes: Alfonso Reyes, Antonio Caso, Pedro Hen ríquez Ureña, José Vasconcelos, Julio Torri, Enrique González Mar t^ínez, Rafael López, Roberto Argüelles, Eduardo Colín, Joaquín Mén dez, Rafael Cabrera, Alfonso Cravioto, Jesús Acevedo, Martín Luis Guzmán, Diego Rivera, Roberto Montenegro, Manuel M. Ponce, Julián Carrillo, Carlos González Peña, Isidro Fabela, Manuel de la Parra, Mariano Silva y Federico Mariscal.

Al comentar Martín Luis Guzmán la obra El suicida de Alfonso Reyes escribe: "El grupo del Ateneo se caracteriza por una cuali dad de valor individual indiscutible, si bien de mérito muy diver so y abierto a todas las apreciaciones en cuanto a la realización personal: la seriedad en el trabajo y en la obra; la creencia de que las cosas deben saberse bien y aprenderse de primera mano has ta donde sea posible; el convencimiento de que ni la filosofía, ni el arte ni las letras son mero pasatiempo o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida, sino una profesión a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella de-- centemente o no entregarse en lo mínimo". (Hernández Luna Juan; Conferencias del Ateneo de la Juventud, UNAM, México 1971).

Es evidente la entrega que por su parte hace Martín Luis Guzmán al quehacer literario y la prueba está en sus obras.

Por su parte Pedro Henríquez Ureña dice: "Caracterizaba a todos los miembros del Ateneo un vivo espíritu filosófico capaz de abarcar con una visión personal e intensa los conceptos del mundo, de la vida y de la sociedad". (Op.Cit.) Para ello, la preparación intelectual del grupo era trascendental y por eso mismo las numerosas veladas leyendo y hablando de las más diversas y variadas corrientes del pensamiento.

Una de las preocupaciones principales de los ateneístas fue la situación que vivía el país y todo el pueblo mexicano bajo la dictadura de Porfirio Díaz, así como la preocupación por todo lo mexicano y lo hispanoamericano. (Como lo demuestra más adelante José Vasconcelos en sus obras Indología y La Raza Cómica, sin embargo la labor de algunos de los miembros del Ateneo fue profunda y de largo alcance; el propio Vasconcelos es muestra de ello.

En su conferencia sobre "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", José Vasconcelos hace una valoración certera del positivismo en relación con las inquietudes de la época. En uno de los pasajes finales declara: "El positivismo de Spencer y Comte nunca pudo contener nuestras aspiraciones, hoy por estar en desacuerdo con los datos de la ciencia misma, se halla sin vitalidad y sin razón, parece que nos liberamos de un peso en la conciencia y que la vida se ha ampliado. ¡El mundo que una filosofía bien intencionada pero estrecha quiso cerrar, está abierto, pensadores!". (Op.Cit)

Vasconcelos condena al régimen porfirista porque detuvo el proceso de adelanto nacional iniciado por la Reforma; "la administración de este déspota (Díaz) enseña a burlar el funcionamiento de las instituciones, nada prepara, nada crea, sólo aprovecha una prosperidad material obtenida a costa de un verdadero remate de las riquezas públicas". Es evidente la censura de Vasconcelos a la política exterior seguida por el régimen de Díaz, en cual se ofrecían, sin reserva y sin condición, los recursos naturales del país a los consorcios extranjeros.

El mismo Vasconcelos hace responsable a la dictadura de haber acabado con la erudición y con la enseñanza de las humanidades. El porfiriato daba signos de caducidad, el dictador parecía no escuchar las voces de descontento. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo; pero no estaba dispuesto a renunciar a la presidencia.

La actitud de los ateneístas no sólo se limitó a hacer críticas de la dictadura, sino que algunos de ellos se convirtieron en soldados del movimiento revolucionario; Vasconcelos se incorporó a las filas del maderismo y posteriormente a las del presidente Eulalio Gutiérrez; Martín Luis Guzmán, años después se incorporó a la División del Norte, al lado de Villa; y Ricardo Gómez Robledo, disfrazado de guerrillero, combinaba la acción bélica con la actividad intelectual; Isidro Fabela fue canciller de Venustiano Carranza.

Como se ve existe un vínculo muy estrecho entre la actitud filosófica e intelectual y la actitud política de los ateneístas. A la vez que se separaban filosóficamente del positivismo, se iban -

separando políticamente de la Dictadura. Y al mismo tiempo que sentían la presión intelectual, se daban cuenta de la opresión política y económica que padecía el país. Es ahí donde radica la congruencia entre su actitud antipositivista y su sentir antiporfirista.

Después del derrumbe del régimen porfirista, el Ateneo se incorporó al de Madero, y fue nombrado presidente del grupo José Vasconcelos. De esta manera se buscaba el beneficio económico de la Agrupación y al mismo tiempo la incorporación de los ateneístas al medio oficial.

Con la asignación de Vasconcelos como presidente del Ateneo se elevó la agrupación al rango de Ateneo México, ampliando considerablemente su radio de acción. Por una parte se elaboró un programa de "Rehabilitación del pensamiento de la raza", que permitió traer a México conferenciantes como Pedro González, José Santos Chocano y Manuel Ugarte; por otra parte se imprimió a sus actividades una orientación humanista en favor de la educación del pueblo; creando con este objeto la Universidad Popular Mexicana, institución que salía a buscar al pueblo a sus talleres y centros de trabajo, para llevar a quienes no podían costearse los estudios superiores ni tenían tiempo de asistir a la escuela, aquellos conocimientos indispensables para entender el mundo de aquella época.

Para entonces las sesiones del Ateneo concluían en algún restaurante de lujo, ya no en el cenáculo de amantes de la cultura, sino en un círculo de amigos con vistas a la acción política. El único que se apartó de la nueva situación fue Antonio Caso.

Sin embargo la nueva generación de intelectuales se dejaba sentir en todas las disciplinas artísticas. En la pintura Diego Rivera

y Gerardo Murillo, "Doctor Atl", provocaban la efervescencia del impresionismo y la muerte del estilo "pompiere".

Es evidente que durante el porfiriato hubo un ambiente asfixiante para las manifestaciones artísticas. Se impedía el cultivo de las bellas artes, todo era práctico, todo giraba en torno al máximo progreso. A pesar de ello dentro del positivismo hubo hombres que permitieron el cambio. José Vasconcelos siempre recordó la obra de Justo Sierra; cuando bajo la sombra protectora de Alvaro Obregón llevó a cabo el esfuerzo educativo más poderoso que México haya tenido. Rindió un tributo de reconocimiento hacia quien con menos elementos que él, había trabajado para la dignificación del pueblo mexicano, por medio de una educación pública integral.

Pero sin embargo, no se trataba de negar que el positivismo había tenido un puesto de primer orden en la formación de los intelectuales mexicanos. El positivismo sirvió a los ateneístas para coordinar y disciplinar. El Ateneo de la Juventud daría grandes frutos: daría un pintor de rango universal como Diego Rivera, un maestro de Filosofía como Antonio Caso, un pensador como José Vasconcelos, un novelista como Martín Luis Guzmán, un jurista como Isidro Fabela y críticos de literatura como Pedro Henríquez Ureña, Antonio Castro Leal y Carlos González Peña.

Para entonces, Alfonso Reyes era ya un reconocido prosista, a la vez que un crítico fino y sutil y un gran maestro de la perspectiva literaria. Vasconcelos al hablar de Barrera, estaba convencido de que su mayor homenaje era determinar qué parte de sus enseñanzas tenían un valor procreativo. A pesar de ello, Vasconcelos, junto con Antonio Caso fueron los principales demoledores del positivismo. Precisamente José Vasconcelos fue el espíritu más compren-

sivo de su tiempo y de su generación; captó la parte constructiva del positivismo; percibió sus momentos importantes y su declinación, así como las poderosas corrientes intelectuales que agitaron al país al principio del siglo. Consideraba que la labor de Gabino Barreda había sido fecunda: "En un mundo dominado por la enseñanza escolástica resultó altamente revolucionaria la enseñanza de Barreda.

Al suceder la caída de Díaz los intelectuales militantes del Ateneo buscaban un reacomodo. El ambiente se volvía tenso contra el presidente Madero. Se había vivido demasiado tiempo bajo la dictadura y todos se sentían con derecho a ocupar altos cargos. Cuando sucede el asesinato de Madero y Pino Suárez por Victoriano Huerta, hay una incorporación masiva de intelectuales al nuevo régimen. Hay miedo, inquietud y confusión provocada por los campesinos armados, como los zapatistas. En Ulises criollo, Vasconcelos dice; "No había ambiente para un trabajo sistemático de estadista, y menos pudo haberlo para el florecimiento intelectual que hubiese dado al Ateneo un papel en nuestra vida pública, tan necesitada de elevados incentivos".

Sin lugar a dudas el Ateneo de la Juventud fue una agrupación intelectual sin precedentes en la historia de nuestro país. Fue -- una generación con unidad y claridad en sus propósitos generales, -- con una alta estima por su propia labor; labor que consistió en levantar la voz de la inconformidad ante un régimen represivo, no sólo en el aspecto político-social, sino también, en el aspecto cultural.

El grupo de jóvenes tuvo la capacidad de derribar las bases filosóficas de la educación que imponía el positivismo. Propiciaron

el retorno al humanismo; rescataron la lectura de los clásicos griegos, la literatura española, e incluso el misticismo de las culturas orientales como la indú. De alguna manera los ateneístas representan la aparición del rigor y la disciplina de una nación de hombres improvisados. Martín Luis Guzmán lo dice en su obra A orillas del Hudson: "Al grupo del Ateneo lo caracterizó una cualidad de valor inicial indiscutible: la seriedad".

Los ateneístas son precursores directos del movimiento armado que fue la Revolución. Condenan a través de sus conferencias al porfirismo, al que descubren como carente de valores humanistas, rígido en lo educativo, desentendido por la miseria del pueblo y obsesivamente colonizado. Atacan el criterio moral que imperaba en el régimen de Días. A las nuevas generaciones les inculcan valores que ellos definen como "rebeldía creadora, sentimiento de responsabilidad ante lo injusto y afán de vuelo ante los obstáculos del destino aparente".

El engrandecimiento del Ateneo es inevitable; el sistema político y social que surgió de la Revolución de 1910 requiere de una legitimidad integral, y fundar la cultura de la revolución en un grupo intelectual tan brillante como el Ateneo es hacerse de bases sólidas. Para legitimarse en el poder los historiadores de la cultura oficial eliminan incongruencias y diferencias entre los integrantes del grupo ateneísta. No se mencionan las disparidades ni las duras críticas que hacía José Vasconcelos, inclusive a sus compañeros (Las opiniones acerca del verdadero papel del positivismo en la formación intelectual y profesional del grupo era causa de fuertes discrepancias).

A pesar de las críticas e innovaciones que presenta el grupo del Ateneo, su importancia política no es tan amplia ni tan demoleadora; si bien es cierto que hombres como Vasconcelos, Isidro Favela, Alfonso Cravioto y Martín Luis Guzmán participan de manera directa en la Revolución y que hacen frente a los sectores reaccionarios y feudales del porfirismo, por el hecho de que la labor intelectual del Ateneo nace casi simultáneamente con el movimiento armado, tiene poca influencia en él. No hubo una teoría previa a la lucha. Posteriormente hay una disgregación de los miembros del grupo ateneísta, y aunque algunos de ellos participan bajo las órdenes de los caudillos, su influencia en ellos es mínima.

La Revolución finalmente dinamizará la escritura de varios integrantes del grupo, les agregará ímpetu y flexibilidad. Los participantes de esta tendencia no consienten influencias, siempre defenderán con gran celo a la civilización y a la cultura que conocen y a la que están seguros de emblematizar.

Como tarea individual, los ateneístas rinden grandes frutos, pero como tarea colectiva, el Ateneo es una renovación en el aspecto educativo e intelectual que, al no ser proseguida se disuelve sin mayores consecuencias. Los integrantes del grupo se dispersan, se aíslan, algunos salen del país. Si bien es cierto que su proyecto educativo se prolonga en la labor de José Vasconcelos como Secretario de Educación, su reelaboración de la cultura mexicana no se consuma. Al positivismo no lo destruyen del todo; lo obligan a cambiar de nombre. Desacreditan a la doctrina, disienten de ella, pero al mismo tiempo, se sienten herederos de lo mejor de quienes la han sustentado.

Vasconcelos reconoce que las enseñanzas positivistas no sólo capacitaron a la civilización mexicana para las conquistas prácticas del orden económico e industrial, sino que también en el orden mental legaron una disciplina difícil de sustituir.

A estos hombres formados en los ideales de la Grecia clásica, la Revolución se les aparece como el mayor desastre. El orden ideal no llega, no se presenta, ya no hay sitio para el optimismo, no hay estímulos concretos, económicos para la vida intelectual. En esta lucha armada el contexto de la "renovación espiritual", tan idealizada por los ateneístas, no es otra cosa que la violenta lucha armada.

CAPITULO III

MARIANO AZUELA: VIDA Y OBRA.

Hablar de Mariano Azuela es hablar del lado humano y cotidiano del movimiento armado que fue la Revolución Mexicana en su primera etapa. Es él quien inicia el género que se ha llamado Novela de la Revolución Mexicana.

Nace en 1873 en Lagos de Moreno, en el estado de Jalisco. Durante sus primeros años, su mente se alimenta de los cuentos que es escuchaba de su abuelo José María González. Eran relatos de aventuras en los caminos reales. El abuelo era un típico personaje de Jalisco, dedicado a la arriería. De él aprendió Azuela las costumbres y la psicología de los rancheros mexicanos de esta zona, que tiempo después habría de utilizar en su novela Mala yerba.

Desde pequeño el escritor mostraba predilección por las lecturas como la obra de Alejandro Dumas El conde de Montecristo. En este ambiente provinciano, con los relatos de sus mayores y con las lecturas de escritores franceses, se va formando la vocación literaria del futuro novelista. A los dieciseis años escribe lo que se considera su primer intento en el arte que lo haría famoso, su Registro, el cual tiene mucho de autobiográfico.

En 1892 ingresa a la facultad respectiva de la Universidad de Guadalajara para hacerse médico. En esta época combina sus estudios con su afición por la literatura. Lee a Balzac, Emilio Zola, Alfonso Daudet, Gustavo Flaubert y los hermanos Goncourt. Este interés por la literatura pronto da frutos, pues publica sus primeros cuentos titulados Impresiones de un estudiante, en los cuales utiliza el seudónimo de "Beleño".

Desde sus primeras manifestaciones literarias demuestra una gran simpatía por las clases más bajas de la sociedad, en las que predomina el aspecto costumbrista. En el periódico del internado, en el Hospital escribe su primera novela María Luisa; obra que está inspirada en sus experiencias en el Hospital y el lugar donde se hospedaba; pero que será publicada siete años más tarde.

En 1903, durante los Juegos Florales de su natal Lagos de Moreno obtiene un diploma por su cuento De mi tierra. Poco tiempo después se casa, para toda la vida, con Carmen Rivera, con la cual habría de procrear diez hijos. Para entonces ya se había recibido y había vuelto al hogar paterno.

Desde que comienza a ejercer su carrera profesional, Azuela lo hará con honradez e independencia y para conservar ésta, estará dispuesto a sacrificar su bienestar material.

En Lagos encuentra un grupo de aficionados a las letras. En las reuniones leían versos y prosas. En ellas se dio lectura a los primeros capítulos de la novela María Luisa. Este centro literario duró más de diez años y sus frutos fueron recogidos y editados por Antonio Moreno Oviedo (integrante del grupo) en cuatro tomos titulados Ocios literarios. Para Azuela esta época queda grabada en su novela Los Fracasados.

Aproximadamente en el año 1904, participa en el periódico más famoso de Lagos, El Defensor del Pueblo, de la misma época son sus cuentos Víctimas de la opulencia y En derrota. Estos cuentos son de gran interés para el conocimiento de su obra literaria, por ser los primeros en los que Azuela demuestra que estaba al tanto del problema económico y social que aquejaba al país.

Empieza a tomar el trabajo literario con más seriedad y escribe "Mala Yerba", libro construido con reminiscencias de su niñez y de su adolescencia, en el que pinta la vida rural, que también será tema de su siguiente novela: Sin amor. Vuelve a estudiar a la sociedad de su pueblo natal, con profunda observación.

En 1908, en San Pedro de las Colonias, Coahuila, Francisco I. Madero publica su libro "La sucesión presidencial en 1910", que habría de convertirse en uno de los documentos más importantes para el inicio de la lucha que derrocaría a Díaz.

Al igual que Azuela, Madero también deseaba corregir los males que sufría el pueblo mexicano. Azuela de inmediato se puso de lado de Madero. En Lagos de Moreno, con la ayuda de algunos compañeros, forma un centro de propaganda maderista, tal actitud le costó la destitución de su puesto y la salida en busca de trabajo donde no fueran conocidas sus ideas democráticas.

A pesar de que Azuela nunca se consideró hombre de política, se sintió y se vio involucrado en la lucha emprendida por Madero: "Una determinación libremente tomada me encadenó al movimiento revolucionario que inició Don Francisco I. Madero. Nunca tuve, ni he tenido inclinación o simpatía por la política militante: pero en la acción contra el vetusto régimen de Porfirio Díaz, pudo más mi corazón que mi cerebro", habría de declarar años más tarde.

A raíz del asesinato de Aquiles Serdán en Puebla, Azuela, junto con algunos obreros, pequeños comerciantes y agricultores, forma un grupo antiporfirista y al triunfo de la Revolución Maderista, es nombrado Jefe Político de Lagos. Después sería Director de Edu-

cación del Estado. Estas designaciones rompieron por completo con su temperamento y sus ideas, pero se consideró obligado a aceptarlas por lealtad a sus convicciones y porque de haberse negado se hubiese consideraro a sí mismo como egoísta.

Sin embargo, no ocupó el cargo por mucho tiempo; con intrigas políticas derrocan al gobernador de Jalisco un grupo de pseudomaderistas y ante estos acontecimientos, Azuela presenta su renuncia con carácter de irrevocable. El hecho de que el cargo que él ocupó fuera dado a uno de los intrigantes, significa una experiencia decisiva en el desarrollo de su ideología: "Esto me dio la medida cabal del gran fracaso de la Revolución. Fue para mí el máximo instante de desilusión, de irreparables consecuencias", declararía después.

Es evidente que a partir de entonces se manifiesta un cambio, también, en su trabajo literario; "Tuve que ser, y de hecho fui un narrador parcial y apasionado". El mismo escritor señala el origen de sus concepciones pesimistas respecto al movimiento armado y las consecuencias que de él se desprenden. La novela Andrés Pérez, maderista es la obra en la cual Azuela vierte todo su desencanto y toda su desilusión.

En 1913 es asesinado Madero. Villa se levanta en armas y se le unen millares de campesinos. En ese tiempo Mariano Azuela termina de escribir la novela Los caciques. En 1914 se incorporó al Estado Mayor de Julián Medina, militar villista, quien desconoció al gobierno de Carranza y reconoció al de la Convención de Aguascalientes. Julián Medina le extendió a Azuela el nombramiento de Jefe del Servicio Médico, con el grado de Teniente Coronel, y así se incorporó a sus filas. La actitud e ideales humanistas que ca-

racterizaron a Azuela se advierten al participar directamente en la Revolución salvando vidas, y no acabando con ellas.

Al formarse la Convención de Aguascalientes, Azuela se une a ellos, pues representaban la legalidad. Se integra a la facción villista y en Irapuato permanece algunas semanas al lado de Medina, quien gustaba de contarle sus aventuras. Es precisamente en esos relatos en los que se inspira para escribir Los de abajo.

Fue entonces cuando vivió en carne propia la oleada de sangre que iba dejando la Revolución. Entre heridos, y cambiando constantemente de lugar, escribía las páginas que formarían sus novelas. Al principio (hablando de Los de abajo), quiso inspirarse en la imagen de Julián Medina, pero abandona la idea para poder expresarse con mayor libertad, así surge el personaje central de Los de abajo: Demetrio Macías.

Después de la derrota de los convencionistas, llegó exiliado a El Paso, Texas, donde el diario El Paso del Norte publicó por primera vez su libro Los de abajo en el año de 1915.

Durante una de tantas revueltas entre villistas y carrancistas, aprovechó el momento de confusión para regresar al país. Se reúne con su familia en Guadalajara y se instala definitivamente en la Ciudad de México. Para él y su familia era comenzar de nuevo; lo habían perdido todo, incluso la economía de diez años. A esto hay que agregar el sufrimiento espiritual del escritor debido al fracaso de sus ideales.

En el año de 1916 se instala en Tlatelolco, en la capital, y a partir de entonces se retira de toda acción política y se dedica

por completo al ejercicio de su profesión y a escribir novelas, en las cuales imprime sus experiencias revolucionarias; así como las nuevas impresiones que vive en la ciudad. Precisamente su novela Las tribulaciones de una familia decente narra la suerte que corrió la ciudad bajo el gobierno de Carranza. Es evidente su amargura y resentimiento plasmados en esta obra.

En 1923 escribe la novela La malhora, obra diferente de cuantas había creado. Hecha con una técnica novedosa, en la que oscurecía los conceptos y las expresiones.

Hasta 1924 la obra de Azuela era casi desconocida. Sin embargo, un hecho cambia ese aspecto. Julio Jiménez Rueda escribe en el periódico El Universal un artículo titulado "El afeminamiento de la literatura mexicana", en el que se decía que las letras mexicanas carecían de una obra poética, narrativa o trágica que fuera compendio de las agitaciones del pueblo en todo ese período de guerra civil que fue la Revolución. Jiménez Rueda mostraba su descontento ante un supuesto silencio literario frente a la lucha armada. A los pocos días Francisco Monterde escribía un artículo titulado "Existe una literatura mexicana viril", en la que hablaba de la obra Los de abajo, de Azuela, como un ejemplo de que sí había literatura que abordara, de manera directa, la Revolución.

Se inició así un intercambio de artículos, dando lugar a la polémica que habría de descubrir y dar valor a la obra de Mariano - Azuela publicada ocho años atrás: Los de abajo. Este hecho hace que se publiquen otras novelas de Azuela, y a él se le reconoció como el primer escritor que, con temas basados en la Revolución Mexicana, abría una nueva etapa en la literatura nacional.

Desde el principio, la obra de Azuela se desarrolla dentro de la realidad que le rodea, excepto cuando escribe biografías, desde su primer novela María Luisa, cuyo tema salió o surgió en una sala de hospital, el escritor recorre los ambientes más diversos, pero tomados de la realidad.

Al desligarse de todo tipo de actividad política, Azuela puede criticar libremente, primero al régimen de Carranza, en obras como Las moscas, y luego ataca a Calles en sus obras El camarada Pantoja y la Luciérnaga. Deseaba alejarse de lo que él consideraba "el lodo en el que México se está hundiendo", y cambia su labor literaria de la novela a la biografía novelada. Escribe Pedro Moreno, el insurgente. Aunque de tema histórico, también, escribe "Los precursores", obra en la cual hace una crítica a los que medran a la sombra del gobierno.

Además de publicarse su novela Sendas perdidas, en el año de 1949, Azuela recibe el más alto honor que el gobierno concede a los escritores: el Premio Nacional de Artes y Ciencias (en literatura) correspondiente al mismo año. En ese mismo año abandona toda actividad profesional y en 1952, muere en la Ciudad de México.

Azuela fue un hombre con una gran rigidez ética, levantó siempre el carácter de sus personajes literarios por encima de la realidad social, por eso todo en él es humano dentro de la trama de sus obras. Juzgó a los hombres por sus reacciones. Debido a ello sus obras se concretan a exponer, sin emitir interpretaciones. Narraba y planteaba los problemas, nunca quiso dar solución a ellos. Es la literatura como denuncia, opción que es válida.

Su obra no habla de epopeyas ni de héroes míticos; él exhibe algunos aspectos de la vida citadina como la prostitución y los manejos burocráticos; obedeciendo a una autoridad moral indiscutible; evitó caer en la demagogia. Alejado del cinismo, fue un hombre sin cero consigo mismo, trabajador infatigable, y pese a su frustración y amarguras políticas, siempre alentó el amor por la verdad, y por el afán de mantenerse en absoluta independencia. Y precisamente sobre su labor de escritor independiente, se puede decir que su norma fue la verdad. Una verdad como él creyó que era, a través de una vida de lucha.

Sobre su personalidad se puede decir que hablaba con claridad y llaneza al pronunciar juicios. Quizá un tanto tímido, rehuía, - hasta donde le era posible, honores y homenajes públicos, en los - cuales se sentía cohibido, como efecto de un temperamento de hombre de provincia.

Se ha criticado a Azuela y se le acusa de haber sido un escritor reaccionario, sobre todo por sus novelas posteriores a 1937, en las que censura severamente a los gobiernos surgidos de la Revolución: Obregón, Calles y Cárdenas, lo mismo que a los nuevos dirigentes obreros, a los agraristas y a la clase media, así como a los burócratas y en general a todo lo que fue producto de los cambios de la Revolución.

Es innegable que ésta actitud muy propia de él se advierte en sus novelas y cuentos; sin embargo, no por eso sus críticas dejan de ser denuncias sociales. Además, es diferente enfocar los hechos sociales con espíritu revolucionario que señala yerros y desviaciones del movimiento iniciado en 1910, a hacerlo con ánimo del que está en contra de toda Revolución que busca una mayor justicia en la sociedad.

Mariano Azuela se inicia en la literatura escribiendo relatos. Todavía era estudiante de medicina cuando, sin atreverse a usar su nombre, publica sus Impresiones de un estudiante. Uno de estos relatos sirve de germen para su primera novela: María Luisa. Obra - inspirada en una experiencia tenida en el hospital en el que estuvo de interno. Esta es una obra típica de la escuela naturalista mexicana, todavía bajo la influencia de los novelistas franceses de la época. María Luisa es una víctima de la sociedad. Cae en la prostitución y posteriormente en el vicio del alcohol. De haber tratado este asunto con otra perspectiva y de haber narrado la vida de los llamados bajos fondos, Azuela se habría anticipado a la novela "Santa", de Federico Gamboa.

María Luisa es una novela de animado diálogo, con un lenguaje adecuado a el tipo de sus personajes; ni afectado ni vulgar, pero sin evadir los mexicanismos. Las descripciones son cortas y precisas y los cuadros son de tipo costumbrista.

En vista de que la obra anteriormente mencionada más parece un cuento largo, Los fracasados, en cambio, puede ser considerada la primer novela de Azuela. El tema es el fracaso de los idealistas frente a la adversidad. Esboza, en ésta obra, sus ideas liberales y anticlericales y presenta un choque ideológico de los personajes, sobre todo entre políticos y religiosos; en la novela se encuentran, también, los contrastes en los rasgos que atañen a la moral. Más que personas sus creaciones son prototipos: el licenciado liberal, el jefe político, el cura, etc.

La trama de Los fracasados es sencilla, más, lo importante de esta novela es la crítica que hace a las instituciones sociales de un pueblo típico de la época porfiriana. Esta obra tiene gran simi

litud con Al filo del agua, de Agustín Yáñez. Aunque diferentes en técnica y en el estilo literario de cada autor, presentan semejanza en el tema y en los personajes; ambas presentan el conflicto de liberales y retrógrados. Azuela, al igual que Yáñez, en su obra pinta la vida pueblerina con todo su realismo.

Durante su primera época como escritor, Azuela escribe Mala yerba, que es la mejor de estas primeras novelas. En ella logra, con gran acierto, integrar las descripciones de la naturaleza y las acciones humanas. El ambiente y los personajes son auténticos. El argumento es verdadero. Resultado de las experiencias vividas en su natal Lagos de Moreno.

El acierto de Mala yerba, radica en que representa una especie de introducción a Los de abajo. Las injusticias cometidas contra los peones, narradas en Mala yerba, nos ayudan a comprender el por qué de la Revolución. Esta es una obra de transición en el quehacer literario de Azuela. Todavía se encuentran aspectos naturalistas característicos de sus primeras novelas. Predominan los toques costumbristas: carreras de caballos, corridas de toros, etc. Los diálogos pintan fielmente el habla del pueblo. Sin embargo, lo que resulta de mayor interés es la revelación de la plena conciencia del escritor frente a los problemas sociales.

En su novela Sin amor, Azuela sigue el ejemplo de los novelistas franceses, y, por lo tanto, la obra es poco representativa de su estilo. La trama es una sátira poco afortunada de la spiraciones de una familia. Esta novela que tuvo poco éxito, fue considerada por el autor como poco objetiva en la representación de los problemas de la clase media.

En Andrés Pérez, maderista el autor cambia su técnica de escritura;

crea un nuevo modo de expresión: predominan los diálogos sobre las descripciones; caracteriza a los personajes por medio de las acciones, y no por las descripciones físicas o psicológicas; la acción es vista y contada por los personajes. El novelista plasma su sentir en dos personajes: Don Cuco y el cacique Hernández; los dos son porfiristas bien definidos que se convierten en maderistas a raíz del triunfo del movimiento.

Aborda por primera vez la sátira y el humorismo para ridiculizar a sus personajes. Esta es la primera obra de Azuela y de cualquier escritor, que se desenvuelve en el ambiente revolucionario iniciado en 1910; y con ella surge esta nueva modalidad que crea todo un género: la Novela de la Revolución. A través de los protagonistas, el autor satiriza y desenmascara a los falsos revolucionarios. En esta obra encontramos un contraste perfectamente definido entre el hombre que da todo, incluso la vida, por un ideal, y el hipócrita que cambia a traje y de nombre según le conviene. Esta actitud de Azuela se advertirá más adelante en su obra Las moscas, en la que se mofa de la burocracia.

Al igual que en Mala yerba, en Los caciques, el autor pinta los atropellos cometidos por los hacendados. Los caciques revela las injusticias que éstos cometen en los poblados de la provincia. Ambas novelas servirán de introducción a Los de abajo, puesto que en ellas habla de las causas que originaron la Revolución. La historia se sitúa durante el gobierno de Madero, la obra termina cuando sucede el asesinato de Madero.

Como en otras obras de este autor, casi no hay trama; sólo víctimas y victimarios. Sin embargo, aquí el conflicto no es en-

tre los de arriba y los de abajo; sino entre los caciques y los representantes de la clase media que no quieren someterse a sus métodos de explotación.

En esta obra casi no hay descripciones ni atmósfera, todo es acción. Lo importante es la descripción de los abusos cometidos por los caciques; Esto predispone y justifica el movimiento armado. Pese a ello, en su afán por exponer las injusticias, Azuela cae en el error de simplificar demasiado la estructura de la sociedad, de los caciques, de las acciones y de los personajes.

La obra maestra de Azuela, Los de abajo, ha tenido resonancia dentro y fuera del país. La trama de obra es la historia de un humilde campesino que se ve de pronto guerrear por causas que poco tienen que ver con los ideales, encontrándose cada vez más dentro de la lucha, al final, por ignorancia y por costumbre, le da igual el bando por el cual deba seguir peleando. A través de la novela desfilan personajes de diferentes características, pero representantes fieles del pueblo mexicano.

Los protagonistas están extraídos de entre los francotiradores y montoneros de la Revolución, no entre soldados regulares. El protagonista principal de la novela, Demetrio Macías, que capitaneaba una banda de alzados montañeses, por ser el más valiente, anda a salto de mata, en armas contra la ley, porque está fuera de ella como todos sus compañeros. Si sus andanzas le convierten en general villista es, más que por su instinto de guerrillero, por la astucia del aventurero Luis Cervantes, un aprovechado de la revuelta.

Demetrio Macías cuenta la historia de su banda y de él mismo. El grupo sucumbe a una emboscada en la misma sierra donde tiempo atrás deshizo una columna de federales. La acción de la novela - constituye un capítulo del episodio villista. Esta naturaleza se advierte hasta su desenlace. El episodio necesita terminar, la historia es siempre una continuación y un comienzo. Por eso originalmente Los de abajo fue publicado por partes. La Revolución fue hecha por muchos episodios como Los de abajo, pero está constituida, también, de un gran caudal de anhelos e impulsos populares.

Los guerrilleros de esta novela son hombres listos y bravos que merodean por la sierra fuera de la ley, y sirvieron para medir la miseria, la esclavitud y las motivaciones de los peones y campesinos, La Revolución que desde antes de serlo, sembró de esperanzas y anhelos el país, tenía el don de imponerse a sus combatientes. El propio vividor Luis Cervantes, el bachiller arrivista que escapa a Estados Unidos con el botín de los saqueos, después de entregar a Macías la mujer que lo quiere y lo sigue, obedece inconscientemente a una fuerza superior a él. A pesar de su desvergüenza y de su fuga, es un servidor de la Revolución y está dentro de la lógica del movimiento. El aprovecha a la Revolución, pero la Revolución también lo aprovecha; ¿no es él quien descubre a Demetrio Macías que su aventura puede insertarse en un gran movimiento y consagrarse en una gran causa?.

La Revolución necesitaba de esta clase de hombres, aunque luego la traicionasen. Si era posible un Luis Cervantes, lo era también un Atilio Montaña o una mujer como Camila. Atilio, el maestro que dictó el programa agrarista a Emiliano Zapata, expresando la más vigorosa reivindicación de las masas mexicanas jamás hecha en toda la historia del país; Camila, el prototipo de la mujer mexicana

na, abnegada y dispuesta a seguir a su hombre a cualquier lugar y en cualquier circunstancia.

En esta obra no desfila ante el lector el ejército de la Revolución, sino una de sus columnas volantes. La versión de Mariano Azuela, cruda, honrada y violenta, se detiene en la guerrilla, en la escaramuza, en el episodio. Pese a ello no disminuye el mérito de la novela, pues es precursora de la novela americana de este género. Azuela la creó íntegramente con materiales mexicanos; demuestra que la Revolución de nuestra Patria es muy rica en materia y espíritu.

En la novela, los episodios no son nuevos, puesto que ya han sido tratados en Andrés Pérez, maderista. La obra presenta escenas en desorden, pero la presencia de Demetrio, personaje central, les da unidad. La novela, como la Revolución misma, muestra una carencia de planes; sin embargo, tras el aparente desorden, surge cierta armonía consonante con la naturaleza de los hechos relatados.

En Los de abajo, Azuela abandona por completo las normas de la novelística europea y forja una nueva novela, genuinamente americana, admirablemente adaptada al tema; por ello su creación ha de tener resonancia e influencia en el desarrollo de la nueva novela.

Una de las principales características de Los de abajo es la perfecta armonía que existe entre el diálogo y las descripciones de la naturaleza. Por lo sobrio de su lenguaje, Azuela logra dar realce a las acciones dándoles gran animación.

Con gran maestría hace resaltar la violencia de los hombres contraponiendo a ella la paz enorme de la naturaleza. La nota, o

mejor dicho, el fragmento final de la novela se cierra con una nota magistral en ese tono, al relatar la trágica muerte del personaje central, Demetrio Macías.

Leyendo Los de abajo, se llega a conocer a México: sus hombres, sus paisajes, sus problemas, las aspiraciones de su gente y sus defectos. En esta obra Azuela manifiesta su inconformidad y su ansia de ver un país en el cual reine una mayor justicia social. Más adelante insistirán en el mismo asunto con sus novelas Las moscas y Las tribulaciones de una familia decente, obra con la que cierra el ciclo de obras sobre la Revolución.

Sin embargo, no únicamente sus novelas demuestran su sentir, también cuentos como Domitilo quiere ser diputado y De cómo al fin lloró Juan Pablo, dan un panorama del movimiento armado: sus causas, sus fracasos. La gran aventura de un pueblo que despierta después de un largo sueño.

Precisamente en la novela Los de abajo, Azuela muestra el gran amor que sentía por su tierra y sus hombres, también su emoción ante el espectáculo de la Revolución, que le sacude en lo más profundo. Y aunque la obra resulta a fin de cuentas una novela negativa acerca de la Revolución, pues más expone sus crueldades que sus principios. Describe con tal justeza los dramáticos sucesos y las íntimas reacciones de quienes en ella tomaron parte, que resultó, a la postre, la obra clásica en este género.

Su obra Las moscas, más que una novela, es una serie de cuadros y escenas de gran dinamismo. La parte primera se desarrolla en la estación del ferrocarril de una capital de provincia, la se-

gunda es viva y a la vez humorística, y la última se sitúa en la estación de Irapuato, en donde se encuentra el ejército derrotado de Francisco Villa que se prepara a retirarse al norte del país.

No hay en esta obra trama ni protagonistas. Los grupos de personajes aparecen y desaparecen. Todos y cada uno de ellos, es plasmado por el autor, como moscas en busca de la comida. Se advierte la ausencia de un personaje representante del intelectual pesimista, característico de las novelas anteriores. Tal parece que aquí Azuela se olvida de toda filosofía y se concreta a pintar cuadros de burócratas sin escrúpulos que solamente buscan su bienestar.

Esta obra, es una brillante sátira en la cual no aparece el aspecto más noble de la Revolución, pero sí uno de los más comunes y menos ejemplificados. Esta es una novela que critica severamente el servilismo y la lambisconería de algunos burócratas, pero - que, evidentemente, trata de marcar una diferencia entre los hombres y los "logreros de la Revolución".

En Las moscas, se denuncia la falta de convicción, la ausencia de ideales de gran parte de quienes intervinieron en la Revolución. Es importante reconocer que no todos los participantes de la lucha armada tenían firmes ideales; muchas veces participan en uno u otro bando revolucionario representaba una alternativa para seguir viviendo. La burocracia aparece en su ir y venir. En una sociedad en crisis, vista al desnudo por el escritor, sin prejuicios se muestra a una facción de la sociedad sin alma, sin cultura, preocupada sólo por el mendrugo que le brindan los altos jefes y por su suerte individual. Lo mismo serviría al maderismo, que al huertismo o al carrancismo.

En los cuentos Domitilo quiere ser diputado y De cómo al fin lloró Juan Pablo, los personajes pasan a un segundo plano para dar relieve a lo anecdótico o a la crítica social. En el cuento La nostalgia de mi coronel, el personaje representa un caso de sadismo. Su nostalgia era por el desahogo vertido en golpes, que en otras épocas, cuando se encontraba en servicio activo, podía propinar a quien él deseaba.

En las novelas de la Revolución, de Azuela, el ambiente no se concreta al paisaje o al pueblo: es la pintura de la lucha armada provocada por los revolucionarios que pelean contra el gobierno federal o contra ellos mismos. Azuela captó el ambiente revolucionario; batallas, saqueos, ultrajes, crueldades y venganzas, como ningún otro autor.

Con la novela "Las tribulaciones de una familia decente", se cierra el ciclo de novelas inspiradas en la Revolución escritas por Azuela, empezado en 1911 con Andrés Pérez, maderista. Las tribulaciones... es el documento de un testigo ocular de los sucesos ocurridos durante el gobierno de Venustiano Carranza.

Es evidente que la visión del escritor en esta obra es pesimista, tal como lo vivieron los de abajo, las clases más desprotegidas. El autor ve el mundo como algo caótico, tal como lo vería una familia decente.

En esta novela, Azuela no critica a la Revolución, como podría pensarse, sino el hecho de que el gobierno revolucionario haya caído en manos de bandidos como el personaje Pascual, marido de Bertita, y el general Covarrubias, el cual vio el rico filón que podía

conducir a que sus hazañas, en vez de terminar en las Islas Marías, tuviesen su merecida corona en alguno de los ministerios, en el Senado, o en una silla de la Cámara de Diputados.

Las tribulaciones... es, después de Los de abajo, la mejor pintura que Azuela hizo de la Revolución. La trama es una de las mejores que realizó el autor.

La novela perdura como acontecimiento, o mejor dicho, como documento verídico de los acontecimientos ocurridos en la Ciudad de México en 1917, según lo presencia un testigo, de gran honestidad y probidad. El aspecto débil de la novela se encuentra en la estructura. Tal parece que son dos novelas y aunque los personajes son los mismos y la trama continúa, hay un cambio en el punto de vista y en el estilo.

Posteriormente Azuela escribe La Malhora, que es una serie de episodios que se unifican en torno al personaje principal; una prostituta de 15 años llamada Altagracia. El ambiente de la obra es la ciudad; el barrio de Tepito. Y es en la técnica donde se encuentra la aportación principal de esta obra a la narrativa mexicana. La Malhora puede ser considerada como el antecedente de Al filo del agua, de Agustín Yáñez, referida a la provincia; y La región más transparente, de Carlos Fuentes, situada en la capital del país.

Las novelas La luciérnaga y El desquite, tienen rasgos en común con Las tribulaciones...; los personajes, el ambiente y la técnica. La luciérnaga se asemeja a Las tribulaciones en el asunto, y a La Malhora en el escenario. La trama consiste en la degeneración de un provinciano decente, quien con su familia, se establece en la capital.

Otras obras como El camarada Pantoja y Regina Landa muestran una nueva faceta de la personalidad de Azuela; el escritor es absorbido por el moralista; en ellas ataca directamente a los gobernantes corrompidos. En términos generales, las novelas posteriores a la obra La luciérnaga, no buscan una manifestación artística, sino la acusación de las injusticias cometidas por los nuevos representantes del pueblo; el novelista ataca a los políticos que medraron bajo la sombra de Obregón o Calles, sin escapársele los mismos presidentes. El afán de criticar y moralizar se hace muy evidente en el escritor.

Si en las novelas como El camarada Pantoja y Regina Landa se ataca a los políticos y burócratas; en Avanzada, la furia del escritor cae sobre los líderes obreros y agraristas.

Esta novela es una crítica contra el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. Señala el choque entre dos generaciones: un padre que amaba la tierra; considerándola parte de sí mismo, y un hijo con ideas renovadoras para quien la tierra sólo era parte de un negocio.

Una característica muy propia de las obras de Azuela, es la nota costumbrista. No pierde ocasión para pintar fiestas populares, corridas de toros, peleas de gallos, celebraciones racheras o religiosas. A través de la obra de Azuela, el lector puede enterarse de la vida cotidiana de nuestro país, desde 1890 hasta mediados del presente siglo. Sus novelas y cuentos transmiten mucho más que simple divertimento: son documentos históricos, críticos sociales, denuncias valientes, inclusive hacia los mismos presidentes en momentos en que ocupaban el poder.

Las últimas obras de Azuela, La maldición, La mujer domada y Esa sangre (novela que es continuación de Mala yerba), siguen hablando de corrupción, de críticas a los gobernantes bandoleros, a los falsos políticos, etc. Las novelas de Mariano Azuela resaltan sobre todo, la profunda amargura del escritor, su decepción ante un país que, según él, vio frustrado su movimiento revolucionario, de un México cuya lucha revolucionaria no logró sacudir a sus explotadores.

Los temas y asuntos que trata Azuela en sus novelas y cuentos son siempre tomados de la realidad circundante, la que le tocó vivir. A excepción de sus novelas históricas, sus obras reflejan acontecimientos que ocurren mientras que el novelista narra: cuando es estudiante, escribe sobre un caso clínico; radicado en Lagos de Moreno pinta la vida del campo y la difícil situación prerevolucionaria, cuando participa en la Revolución, escribe, acertadamente, acerca de ella; cuando se traslada a la Ciudad de México, sus temas se vuelven ciudadanos.

A pesar de la diversidad de esos temas (debido a los diferentes lugares en que vive el autor), lo principal es la Revolución: desde las situaciones que plasma en sus primeros escritos, en los cuales se aprecian las causas del movimiento armado; pasando por la lucha en los campos de batalla, hasta la sociedad y el sistema político que surgió de la Revolución.

El resumen final del movimiento no ha sido la creación de una nueva sociedad justa, ordenada, progresista; sino la de un gobierno que todo lo degrada, de una clase de zánganos que todo lo devora, el revolucionario enriquecido a costa de los antiguos ricos o del

pueblo; ésta es la concepción pesimista de Azuela, concepción que se deja sentir en cada una de sus novelas o cuentos.

En cuanto a lo que se refiere a la creación de personajes se advierte que utiliza un método que consiste en cierta humanización de la naturaleza y alguna dureza en los hombres. La fusión del personaje y el ambiente es característica de su estilo. En sus obras hay una estrecha relación entre el hombre y la naturaleza.

Encontramos que la esencia de sus personajes se repite en sus diferentes novelas: el intelectual pesimista Toño Reyes, de la obra Andrés Pérez, maderista, se contrapone al licenciado Reséndez de Los fracasados, y más tarde reaparecerá en Los caciques con el nombre de Rodríguez, o en su mejor novela, Los de abajo como Valderrama; Andrés Pérez en el personaje que da origen a Luis Cervantes de Los de abajo.

El estilo de Azuela cambia conforme avanza la creación de sus obras. En la primera etapa, en la que escribe María Luisa y Sin amor, trata de imitar el estilo de los realistas y naturalistas franceses y españoles. Sin embargo, poco a poco va cambiando su estilo, que se caracteriza por la sencillez, la brevedad en la descripción del paisaje y el predominio del diálogo sobre la descripción. Escribía con sencillez porque creía que la sencillez debe ser esencial en la novela.

En su obra más importante, Los de abajo, se aprecia su más alto nivel estilístico; encontramos el uso de párrafos cortos; el predominio del diálogo sobre las descripciones; el uso de las palabras y giros típicos de México; el diálogo ajustado a los personajes; la descripción concisa del paisaje. Es un estilo auténtico y propio,

en el que no hay influencias extranjeras, y que tiene un genuino reflejo del pueblo mexicano.

En lo referente a la estructura, Mariano Azuela ponía poca importancia; tal vez a ello se deba que este aspecto de su trabajo literario es el más débil. Para él, el proceso de la composición da principio con la creación del ambiente, a la cual le sigue la conformación de los personajes, dejando para más tarde el aspecto estructural, es decir, el arreglo y acomodo de las partes.

A lo largo de todo el trabajo literario de Azuela, encontramos una evolución que va desde el problema individual, hasta el gran problema nacional. La Revolución en la cual participó como médico de tropa, es vista, también, como una especie de enfermedad que, primero ataca de manera individual y después a nivel colectivo (Los de abajo). En las novelas Los de abajo y Las tribulaciones de una familia decente, vemos como la enfermedad (la Revolución), ataca a la sociedad, la hace sufrir una tremenda crisis, a la cual logra subsistir, pero dejándole en estado de debilidad severa; por tanto el médico (Mariano Azuela), duda de su completo restablecimiento. Su obra novelística, tanto como su profesión, se encaminan hacia - una meta bien definida: mejorar la salud de México.

Finalmente; en la obra de Azuela hay que reconocer una enorme virtud: es genuina, auténtica, no toma prestada técnicas de otros literatos. Con la Novela de la Revolución se apartó del camino ya trillado de las innovaciones europeas, para descubrir lo ignorado de su tierra, de su pueblo: lo mexicano. Como ser humano, la sinceridad con los demás y para sí mismo, fue su regla primordial.

en el que no hay influencias extranjeras, y que tiene un genuino reflejo del pueblo mexicano.

En lo referente a la estructura, Mariano Azuela ponía poca importancia; tal vez a ello se deba que este aspecto de su trabajo literario es el más débil. Para él, el proceso de la composición da principio con la creación del ambiente, a la cual le sigue la conformación de los personajes, dejando para más tarde el aspecto estructural, es decir, el arreglo y acomodo de las partes.

A lo largo de todo el trabajo literario de Azuela, encontramos una evolución que va desde el problema individual, hasta el gran problema nacional. La Revolución en la cual participó como médico de tropa, es vista, también, como una especie de enfermedad que, primero ataca de manera individual y después a nivel colectivo (Los de abajo). En las novelas Los de abajo y Las tribulaciones de una familia decente, vemos como la enfermedad (la Revolución), ataca a la sociedad, la hace sufrir una tremenda crisis, a la cual logra subsistir, pero dejándole en estado de debilidad severa; por tanto el médico (Mariano Azuela), duda de su completo restablecimiento. Su obra novelística, tanto como su profesión, se encaminan hacia una meta bien definida: mejorar la salud de México.

Finalmente; en la obra de Azuela hay que reconocer una enorme virtud: es genuina, auténtica, no toma prestada técnicas de otros literatos. Con la Novela de la Revolución se apartó del camino ya trillado de las innovaciones europeas, para descubrir lo ignorado de su tierra, de su pueblo: lo mexicano. Como ser humano, la sinceridad con los demás y para sí mismo, fue su regla primordial.

Un gran precursor, sin duda, de un género en que iban a destacar autores como López y Fuentes, Francisco L. Urquiza, Mauricio Magdaleno, Agustín Yáñez, Juan Rulfo y en un sitio muy importante de cronista y periodista de la Revolución Mexicana, hay que nombrar a Martín Luis Guzmán.

CAPITULO IV

MARTIN LUIS GUZMAN: VIDA Y OBRA.

De todos los novelistas mexicanos que han escrito sobre la Revolución Mexicana, Martín Luis Guzmán ha sido el más sobresaliente. Participó directamente en el movimiento armado; estuvo bajo las órdenes de Villa, primero, y después al servicio de la causa carrancista. Viajó mucho, y adquirió con ello una perspectiva amplia y poseía gran creatividad; tuvo un estilo capaz de forjar una trama intensa, lógica y rápida.

Martín Luis Guzmán estuvo en España para la proclamación de la República en 1931. Trató a Ortega, a Azaña y fue Funcionario de la II República, que fue traicionada por Francisco Franco en 1936. También ocupó cargos de importancia como el de Presidente de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos en 1962.

Nació el 6 de octubre de 1887 en Chihuahua. Para 1913, cuando ya había estallado la Revolución, obtuvo su título de abogado. Desde temprana edad manifestó su vocación por las letras escritas. En el año de 1899 editó la revista La Juventud, en Veracruz; también participó en el periódico El Imparcial, como redactor en el año de 1909. Sus ideas políticas se manifestaron un año más tarde, cuando la Revolución era ya una realidad y él había tenido contacto con los intelectuales que formaban el grupo del Ateneo de la Juventud. En ese mismo año su padre, que había sido militar, murió luchando contra los revolucionarios, y un año más tarde él asistió como Delegado a la Convención del Partido Constitucional Progresista y fue parte de la unanimidad que nombró a Madero como Presidente. Bajo este régimen tuvo un puesto en Obras Públicas hasta que el cuartelazo de

Victoriano Huerta acabó con el régimen de Madero. Renunció a su cargo y se trasladó al norte del país para unirse a los revolucionarios en pie de lucha.

En 1913 se une a las fuerzas carrancistas, aunque no simpatizaba con el Primer Jefe. Después estuvo bajo las órdenes de Villa. Sus impresiones acerca de esta primera fase de la Revolución fueron plasmadas en su obra El águila y la serpiente. Al inicio de esta obra habla del hogar de los Favela (padres de Isidro) en el puerto de Veracruz.

Es importante señalar que a Martín Luis Guzmán la crítica no lo incluye en la novela, sino en la crónica. Se ha hablado del sabor novelesco de La sobra del caudillo, pero él no pensó hacer novela, y sí ensayo.

Estuvo preso en la Penitenciaría de México y se trasladó fuera de la Ciudad, junto con Villa, luego de que la Convención de Aguascalientes lo dejó en libertad. Guzmán, desanimado por la manera como se desarrollaba la Revolución, se traslada a España y allí escribe su primer libro La querrela de México; ensayo que habla de lo que ocurría en nuestro país. En 1917 abandona España y radica en Nueva York, donde estuvo a cargo de la sección editorial de El Gráfico, una revista neoyorkina publicada en español. En 1920 regresa a México y publica su libro A orillas del Hudson, en esta obra manifiesta la admiración que siempre le causó la forma de vida norteamericana.

Durante su estancia en México edita El Mundo, periódico vespertino. Su habilidad periodística le da gran éxito a su publicación, llega a ser uno de los mejores de la Capital. Cuando en 1923 ocurre

la rebelión de Adolfo de la Huerta, Guzmán que era partidario de De La Huerta sale rumbo a Estados Unidos.

Posteriormente se traslada a España y edita los periódicos madrileños El Sol y La Voz. En 1926 dio comienzo a la escritura de sus memorias y las mandó capítulo por capítulo para su publicación en el diario mexicano El Universal.

Su segunda obra importante La sombra del caudillo, inspirada, al igual que El águila y la serpiente, en la política mexicana, se le ha considerado su única novela, por algunos críticos, en el sentido estricto del género. Esta obra narra un hecho verídico, que fue trascendente en la historia del país (la noticia de los fusilados en la vieja carretera a Cuernavaca, le inspiró el libro), pero Guzmán le da un tratamiento literario.

Con el fracaso de la Revolución Delahuertista, Guzmán se retira de la política y regresa a México en 1934, colabora con periódicos y continúa su obra literaria. Empieza a publicar las diversas partes de Memorias de Pancho Villa.

Posteriormente se asocia con otras personas y funda la Edición y Distribución Ibero-Americana de Publicaciones S.A. En 1942 funda el semanario Tiempo, que sigue publicándose. En 1951 es nombrado Embajador Adscrito a la Misión Mexicana ante las Naciones Unidas. Un año más tarde, toma parte en los trabajos de la Conferencia de Cultura y Educación de la Universidad de Rutgers (Nueva Jersey, Estados Unidos). En esta época de los años cincuentas funda el Partido Liberal Nacional de México. En 1958 recibe el Premio Nacional de Literatura y un año después es nombrado Presidente de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos. En septiembre de 1970 toma

posesión como Senador de la República por el Distrito Federal.
Muere en diciembre de 1976.

Para hablar de la obra literaria de Martín Luis Guzmán es necesario iniciar con El águila y la serpiente, esta obra comprende las memorias del autor durante la Revolución Constitucionalistas, de 1913 a 1915, y apareció en forma novelesca en 1938; aunque el libro sigue teniendo ritmo y estilo de crónica. Al leer esta obra se ve y se siente su desengaño, gradual, pero constante hacia Carranza. Sin embargo, sus juicios en cuanto a personas se refiere son equilibrados, apegándose a lo que sucedió y no a lo que siente. Pero no es sólo Carranza quien es retratado por Guzmán, también lo son Obregón, Iturbe, Villa..

El estilo del autor es sobre todo un estilo de claridad. Tiene gran habilidad para hacer un resumen de una historia en unas cuantas líneas de profunda psicología. Uno de los más celebrados capítulos de El águila y la serpiente es "La fiesta de las balas". Esta obra de Guzmán es el relato de un joven estudiante que, identificado con las demandas de reivindicación que animaron la Revolución, cambió los libros por el fusil; el ambiente cómodo y refinado de la ciudad, por la dureza de los campos de batalla. En esta obra el arte literario y la realidad misma están en indisoluble armonía: son una sola pieza. Martín Luis Guzmán recoge en esta obra, la vivencia revolucionaria de la época. Además es sorprendente la descripción de personajes que el autor hace de los hombres que encarnaron la Revolución, así como la pintura de las escenas en que intervinieron.

En 1929 apareció la primera obra de Guzmán: La sobra del caudillo, que algunos críticos consideran como novela. Esta obra tie

ne como tema las maquinaciones políticas practicadas durante el régimen obregonista, y se desarrolla como novela dentro de la trama. Ofrece un desarrollo bien arreglado con personajes psicológica e interesantemente bien dibujados: un estilo novelesco plenamente logrado; méritos que dan a la crónica un inigualable nivel de calidad.

Con La sombra del caudillo, el campo político y revolucionario recoge el tema para la novelística revolucionaria, y así, esta novela sirve de guía a otras obras como El resplandor, de Mauricio Magdaleno, que tiene un tratamiento distinto del tema revolucionario.

En el fondo histórico de la obra, se funden dos momentos de la vida política de México: por su trama, el de 1923-1924, y por su desenlace fatal, el de 1927-1928. Tomando como puntos de referencia estas fechas, varios de los personajes, de nombres ficticios, pueden identificarse con las principales figuras históricas de ese entonces. Así, el caudillo sería Alvaro Obregón; Ignacio Aguirre, el doble de Adolfo de la Huerta; y Francisco Serrano, que sí existió y fue fusilado en la vieja carretera a Cuernavaca, o Hilario Jiménez podrían ser Plutarco Elias Calles.

El ambiente político que el autor de la obra describe, refleja una etapa escabrosa de la vida nacional, que hoy en día sigue vigente, en la que el afán reconstructor de la Revolución se veía obstaculizado por la ambición y la intriga de sus propios hombres. La actitud de los militares es muy especial; identificaban la actividad revolucionaria con sus muy particulares intereses y no con los de la nación. Incluso, como lo dice Antonio Castro Leal en el prólogo de La sombra del caudillo. Ed. Porrúa, Méx. 1984), llegaban a pensar que la Presidencia era el grado superior al de General de División.

La opinión pública era casi nula, no se atrevían a resolver la pugna violenta de los grupos que disputaban el poder. La violencia, el engaño y el soborno, eran los únicos elementos de criterio válido, empleados en los supuestos actos democráticos. Mientras tanto, las aspiraciones populares continuaban siendo burladas por estos militares, enriquecidos en nombre de los ideales revolucionarios. Esta novela encierra una de las críticas más profundas escritas por un mexicano. Evidentemente su crítica es pesimista, la escribió en el exilio, es, sin embargo, una crítica válida.

La sombra del caudillo, es además, un comentario sobre la Revolución, porque demuestra cómo se hizo y lo que produjo: el ambiente político degenerante que formaban los militares. Aunque la segunda mitad de la obra sobrepasa a la primera en cuanto a su rapidez en interés, la primera es importante para plantear la trama de la obra y las motivaciones de los personajes. La segunda parte tiene una fuerza tremenda, y por la crudeza y pintura del paisaje, debe ser considerada una de las mejores obras de este autor.

En la obra, Axcaná González en las elecciones, el autor pinta un cuadro de gran realismo que demuestra la imagen misma de la política militante de la década de los treinta. En este libro Axcaná González, que en La sombra del caudillo, es otro de los personajes, que simboliza la conciencia revolucionaria, representa ahora la práctica política, o sea cómo se manipulaban las elecciones para diputados.

Por batalla electoral se entendía no una lucha democrática, sino un proceso de recursos y artimañas que iban desde el cohecho y las amenazas, hasta el secuestro y las infamaciones. El acto popular de sufragio queda reducido a un simple antagonismo entre dos

grupos mercenarios. Protegidos por una supuesta democracia, los contendientes por el poder anteponen sus intereses personales a los anhelos del pueblo.

Javier Mina, Héroe de España y México es una obra de corte biográfico y parece creada para cautivar la imaginación del lector. La primera parte de las dos que comprenden la obra, se inicia con un breve apunte genealógico de los Mina, en la provincia de Navarra, España. Se narra después la infancia del héroe y su ardor nacionalista, quien pretende expulsar al invasor francés de su tierra española. Se habla de su devoción religiosa, de sus estudios militares y de su amor por la justicia y la libertad.

La segunda parte de esta obra se refiere a la participación de Mina y su actuación en México. Se relata cómo llega a nuestro país, lucha y muere por la independencia, en una batalla que había iniciado el cura Miguel Hidalgo.

La obra Filadelfia, paraíso de conspiradores, contiene un hondo sentido histórico; en ella se relata el periodo que comprende desde 1809 a 1814. El protagonista es el militar Diego Correa, personaje de un fanatismo patriota y religioso; pretende acabar por sí solo con los manejos napoleónicos para liberar al pueblo español de los males de la invasión francesa. Con el fin de realizar sus aspiraciones, Diego se traslada de España a la ciudad de Filadelfia, en Estados Unidos, a la tarea de destruir los planes bonapartistas, que suponía se urdían en contra de España, en los Estados Unidos; se suma a combatir la actitud favorable de éstos, a la independencia de las colonias hispanoamericanas. Finalmente regresa a su país en medio de los mayores enredos e infortunios; sólo sus buenas intenciones permanecen sin cambio alguno.

Para escribir Memorias de Pancho Villa, entrevista a Austreberta Rentería, viuda de Villa, y revisa los documentos y papeles del archivo del Centauro del Norte. El estilo en que está escrita esta obra es abrupto, rudo, sincero y realista; tal como Guzmán creyó que lo hubiese escrito Villa. A pesar de ser un estilo muy diferente al que Guzmán imprimió sus obras anteriores, el lector no se aburre porque se relatan pasajes que conmueven por su profundo y sincero sentimiento.

Muy rara vez parece falso este estilo al hombre que lo emplea para contar sus hazañas. Guzmán siempre creyó necesaria la versión de lo que fue la Revolución, dada por uno de sus principales protagonistas. Por ello, y dado que conoció personalmente parte de la personalidad de Villa, se da a la tarea de escribir las memorias. Estas son un canto épico de la vida nacional. Sobre su historia, sobre su realidad está la poesía y el acento que las anima y las sostiene. Acomodando el lenguaje al protagonista, haciendo sentir que es Villa quien habla.

Acerca de la preocupación que siempre manifestó Guzmán por el destino del país, se debe señalar su preocupación en el estudio de lo mexicano. Ya en el año de 1915, señalaba que México había buscado siempre solucionar sus problemas inspirado en conceptos extranjeros, sin tomar en cuenta la posibilidad de una idea nacional a la cual amoldar las teorías ajenas. Estas ideas, de asumir como positivo todo lo extranjero, trajo como consecuencia que México careciera de autonomía intelectual. Mirando hacia el exterior, casi nadie se había detenido a pensar que la realidad nacional requería de una forma de vida propia, acorde a lo que realmente se vivía dentro del país.

Para escribir Memorias de Pancho Villa, entrevista a Austreberta Rentería, viuda de Villa, y revisa los documentos y papeles del archivo del Centauro del Norte. El estilo en que está escrita esta obra es abrupto, rudo, sincero y realista; tal como Guzmán creyó que lo hubiese escrito Villa. A pesar de ser un estilo muy diferente al que Guzmán imprimió sus obras anteriores, el lector no se aburre porque se relatan pasajes que conmueven por su profundo y sincero sentimiento.

Muy rara vez parece falso este estilo al hombre que lo emplea para contar sus hazañas. Guzmán siempre creyó necesaria la versión de lo que fue la Revolución, dada por uno de sus principales protagonistas. Por ello, y dado que conoció personalmente parte de la personalidad de Villa, se da a la tarea de escribir las memorias. Estas son un canto épico de la vida nacional. Sobre su historia, sobre su realidad está la poesía y el acento que las anima y las sostiene. Acomodando el lenguaje al protagonista, haciendo sentir que es Villa quien habla.

Acerca de la preocupación que siempre manifestó Guzmán por el destino del país, se debe señalar su preocupación en el estudio de lo mexicano. Ya en el año de 1915, señalaba que México había buscado siempre solucionar sus problemas inspirado en conceptos extranjeros, sin tomar en cuenta la posibilidad de una idea nacional a la cual amoldar las teorías ajenas. Estas ideas, de asumir como positivo todo lo extranjero, trajo como consecuencia que México careciera de autonomía intelectual. Mirando hacia el exterior, casi nadie se había detenido a pensar que la realidad nacional requería de una forma de vida propia, acorde a lo que realmente se vivía dentro del país.

Para él, el estudio de lo mexicano, tiene otro rasgo especial que se puede encontrar en su obra; lo relacionado con el problema de la mexicanidad, esto es, a la búsqueda del elemento etnosocial en el que se fusionan los distintos aspectos que forman la conciencia nacional; indagación que ha interesado a sociólogos, además de muchos interesados (como Octavio Paz, en El laberinto de la Soledad) en descubrir al mexicano.

Aunque en 1920, Martín Luis Guzmán hacía resaltar la importancia de los criollos en la dirección de los acontecimientos nacionales, pensaba que la base de la mexicanidad estaba en el mestizo, éste era la expresión del alma mexicana, la que soplabá incesantemente en la vida de las poblaciones que conforman el país. Creía que el verdadero México no estaba en los extremos del pueblo indígena o español; más bien estaba en el contraste y la armonía en su término medio, donde se conjugaban los atributos de dos razas y, dos culturas diferentes.

Este mestizo del cual habla Guzmán, será el mismo que plasme Vasconcelos en sus obras La raza cósmica e Indología. En ambas obras el mestizo será elevado a un plano universal como síntesis y superación de todas las razas anteriores.

En cuanto a los grupos étnicos mexicanos, la idea de Guzmán era totalmente pesimista, pues le negaba toda posibilidad de redención social sin el auxilio o interferencia de los blancos. Este prejuicio con que Guzmán veía al indio, contrasta con la exaltación que de éste hicieron Alfonso Reyes y José Vasconcelos; Reyes en su Visión de Anáhuac, describe las virtudes y demás características de los pueblos prehispánicos más adelantados, que florecieron en el Valle de México. Igualmente Vasconcelos demuestra una gran admiración por los pueblos prehispánicos y una confianza plena en que ese pasado indígena es capaz de impulsarnos hacia un mejor porvenir. Desde luego, esto en su primera etapa, antes de que se volviera hispanizante.

Respecto a las relaciones con el vecino país del norte, Guzmán tuvo siempre una idea muy romántica respecto al trato y las relaciones, así como las fricciones entre los dos países. Concebía a los Estados Unidos como una nación noble y altruista, que ayudaría, desinteresadamente, al desarrollo de México.

Las constantes fricciones entre los dos países durante el siglo pasado; el imperialismo, al apoderarse de más de la mitad del territorio nacional de aquella época; la ocupación del Puerto de Veracruz en 1914 y la intromisión en los asuntos políticos mexicanos que tuvieron como consecuencia el asesinato de Madero y Pino Suárez, demuestran claramente la ambición de los imperialistas norteamericanos. La creencia de una futura magnanimidad de los Estados Unidos para con nuestro país, como lo afirmara Martín Luis Guzmán en aquella época, no es sino una simple ilusión, resultado de la buena, pero equivocada concepción que el escritor tenía del vecino país del norte.

Sin embargo, en su trabajo literario, Guzmán, impulsado por un afán nacionalista, prescinde de las fórmulas extranjeras y se lanza a la búsqueda de nuestra individualidad, señalando caminos novedosos para el desarrollo literario de México. En sus obras, el autor hace resaltar el espíritu genuinamente nacional. La esencia de su expresión la constituye la preocupación por nuestro país. Además, Guzmán es dueño de una singular y poderosa intuición realista, producto de la reflexión ciudadana y de la observación directa y profunda de las cosas y hechos que narra.

El espíritu liberal y el interés político-social, son otros rasgos distintivos en la creación literaria de Guzmán: son la fuente de su inspiración profesional de escritor. El credo libe-

ral de la Reforma del siglo pasado, prevalece en todas sus obras; algunas veces claro y explícito y otras de manera implícita. Así, también, los afanes de renovación política y social que dieron vida al movimiento revolucionario de 1910.

La armonía entre la forma y la idea es, tal vez, la característica preponderante en la obra de Guzmán. La estética de su estilo radica, justamente, en la correspondencia exacta y natural que establece entre la expresión literaria y la construcción de su pensamiento. De ahí que más que escribir, parece que pinta sus libros con imágenes exactas de paisajes y personajes.

Respecto a la Revolución Mexicana, Guzmán señaló una gran verdad: "La Revolución se organizó sobre la vida misma y su pensamiento fue producto de su propia, incierta y contradictoria marcha". - El pensamiento político de Martín Luis Guzmán; Abru Gómez Ermilio, Cuadernos de Literatura Popular, México 1968. Efectivamente el movimiento revolucionario fue producto del instinto de un pueblo oprimido, de un pueblo que se apoyaba más en sus raíces que en sus frutos. La Revolución careció de una base teórica, su pensamiento se hizo sobre la marcha y a retazos, con errores y aciertos.

En la elaboración de la doctrina revolucionaria contribuyó el gran escritor con su trabajo literario y su actividad pública. Fue exponiendo su ideario político y social. Su pensamiento responde a sus ideas y a su observación. Corresponde también a los elementos básicos de la realidad social que le tocó vivir.

Todo su ideario nace de una acertada observación de los hechos, de una inquisición objetiva de sus orígenes. La realidad fue su maestra y nunca trató de disfrazarla o negarla. Permanece con

ella. Por lo tanto su participación directa en la Revolución es consecuencia de dos postulados: el de su pensamiento y el de su experiencia.

El pensamiento liberal de Martín Luis constituye un programa coherente y vital. Hasta donde puede aplicarse, para bien de la sociedad, es revelador en su sentido ético. Su liberalismo plantea la necesidad de una economía libre, humana, pero al mismo tiempo, capaz de impedir la concentración negativa de los capitales en unas pocas manos. Y, a decir verdad, la doctrina liberal nunca autorizó los desmanes de la oligarquía porfirista; precisamente contra esa burla al derecho de los mexicanos surgió la Revolución de 1910, en la cual militó Guzmán al lado de los máximos dirigentes del movimiento armado.

Desde su juventud el escritor se manifestó en contra de Porfirio Díaz, posteriormente contra Victoriano Huerta. Asiste a la Convención de Aguascalientes, y ante el conflicto que se produce cuando las disensiones de Calles, Obregón y De la Huerta, queda sometido a una presión fatal de su deber y de su conciencia, y, así, se destierra a Nueva York y posteriormente a España. Pero su actividad posterior, cuando regresa a México, revive, y su acción se apoya en su acendrado liberalismo al servicio de México.

En su trayectoria profesional, Guzmán luchó contra el fanatismo del pueblo y no dejó de censurar a la iglesia por su intromisión en los asuntos públicos. Para sostener sus tesis hizo un examen minucioso de la actividad que tuvo el clero durante la época de la lucha por la independencia, su complicidad con el Imperio de Maximiliano, su infiltración en la dictadura de Porfirio Díaz, su contubernio con Victoriano Huerta y su participación en el movimiento revolucionario.

Otro aspecto del pensamiento político de Martín Luis Guzmán se manifiesta en su concepción de la cultura nacional. Siempre pensó que la cultura mexicana no puede desconocer la realidad del país, puesto que a él pertenece. No olvidemos que fue miembro del Ateneo de la Juventud, y que, al igual que otros intelectuales como José Vasconcelos, Antonio Caso y Alfonso Reyes, siempre confirió un papel primordial a la cultura nacional y a los orígenes del pueblo mexicano. Siempre exaltó lo mexicano.

Debido a ello, en todo momento Guzmán quiso que: "el proceso de evolución de México partiera de sus raíces y de su propia experiencia humana". (Op.Cit) En sus obras literarias el autor, al igual que otro escritor mexicano como lo fue Mariano Azuela, siempre hizo referencia a las acciones y al sentir del pueblo mexicano.

El pensamiento político de Guzmán es una condensación de la doctrina liberal, no una limitación esquemática de sus tesis. Supo que las doctrinas y las leyes sólo tienen validez cuando responden a las necesidades más puras del hombre. El liberalismo dejó la puerta abierta para reestructurar el sistema social, moral, económico, y también cultural del pueblo mexicano. Ese liberalismo concibe a la libertad como un hecho dinámico.

Pero su pensamiento también es revolucionario, pues, para él las decisiones de la mayoría deben ser acatadas, y no los caprichos de unos cuantos privilegiados.

En lo que respecta al trabajo literario, Martín Luis Guzmán aparece en los momentos decisivos de la literatura americana; cuando el Modernismo ya había llegado a su fin, y los círculos litera-

rios caían en repeticiones y redundancias. El que no repetía el mundo de los marqueces, de las princesas, de los vizcondes, de Darío y de los otros modernistas, era temido o considerado como un escritor retrazado y alejado de la buena literatura.

En el mismo periodo aparecieron los escritores Alfonso Reyes, Ramón López Velarde, José Vasconcelos y Mariano Azuela.

Martín Luis Guzmán ofrece en su obra literaria las posibles normas estéticas de nuestras letras. Su obra es así, coherente con la realidad que descubre, para ello recrea los elementos vivos. Este escritor predicó con el ejemplo; participó en un destino nacional que quedó plasmado en sus obras. Para ello recurrió a la observación directa, cierta, inequívoca de los hechos que se refieren a la historia de México. En sus novelas plasma el paisaje de nuestro país, sus hombres, los atributos de éstos, su sensibilidad, su dolor, su miseria, su hambre y la evolución de sus ideas. De esta observación se desprende la profundidad de su obra y la trascendencia de su pensamiento. Al leerlo, Martín Luis Guzmán nos hace entender mejor una etapa de México.

De igual manera interpreta, en el aspecto social y político los valores cotidianos y ancestrales que hemos vivido. Por tanto, los hombres y el paisaje no son simples accidentes en su obra, sino expresión genuina de la esencia nacional.

Por eso mismo vemos como en sus escritos el hombre y el paisaje que le rodea, son un todo que revela en sus modalidades y en sus matices el valor de nuestra vida auténtica. Todo en su interpretación constituye la esencia y la expresión de México.

A través de los valores mencionados se pretende alcanzar la resolución del destino del país. Viene luego el sentido estético que infunde a sus creaciones y a sus expresiones. Su mundo creador es la síntesis de su mundo estético.

De ahí que la obra de el escritor desborde su compleja vitalidad. Desde sus primeras páginas se vuelve insobornable en el manejo del idioma y de la verdad. El idioma responde a un proceso de la lengua natural, lúcida, coherente de México. Con ella hace una obra válida, que supera muchas de las que se ofrecen tanto en España como en Hispanoamérica.

Indudablemente la prosa de Martín Luis Guzmán, por su belleza, por su dominio de la técnica y la validez de su origen, puede compararse con la prosa más bella producida en la literatura hispanohablante.

CAPITULO V

COMPARACION DE DOS ESTILOS

La Novela de la Revolución ha tenido gran cantidad de exponentes; sin embargo, entre los iniciadores, se encuentra Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán. Desde luego, la obra literaria acerca de la Revolución Mexicana es muy extensa; mas para obtener un cuadro cabal en cuanto al significado y las consecuencias del movimiento armado, hay que tomar en cuenta tres novelas de gran valor literario: Los de abajo, de Mariano Azuela, Memorias de Pancho Villa, de Martín Luis Guzmán y El resplandor, de Mauricio Magdaleno. Aunque también es necesario señalar el trabajo del gran escritor Agustín Yáñez.

En Los de abajo, se observa la insurrección desde su base, desde los peones de hacienda que se movían por ilusión o ambición y que, en algunos casos, nunca supieron por qué morían. En Memorias de Pancho Villa, se aprecia la Revolución en su aspecto más noble; los hombres analfabetas que suplían el conocimiento de los problemas rurales con su natural perspicacia; y con esta misma cualidad comandaban sus ejércitos populares. Y por último, en El resplandor encontramos el aspecto negativo de la lucha; el saqueo y abuso de los vencedores que van dejando a su paso un paisaje de asco y desolación.

Es Mariano Azuela quien con su novela Los de abajo, supo interpretar verazmente el aspecto que presentaba, en sus comienzos, la acción contra la dictadura de Díaz.

Los más grandes representantes de la Novela de la Revolución; Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán, tuvieron el acierto de proporcionar, o mejor dicho de presentar un testimonio irrefutable de esa época. De la obra de estos dos escritores se deduce la desorientación, la inconsciencia, la ignorancia lamentable de quienes tuvieron que participar en este drama. Estos novelistas han dejado adivinar que se encontraban ante un movimiento reivindicador que debería acarrear alguna justicia, y que se frustró por su estallido prematuro, por la carencia de un planteamiento ideológico teórico que trajera como consecuencia resultados de justicia social. La carencia de un planteamiento así, creó deficiencias en su concepción y en su desarrollo.

Azuela, en sus primeras novelas escritas cuando se iniciaba la lucha, y aún no se vislumbraba un vencedor, supo intuir, con escepticismo, lo poco que se podía esperar de los gobiernos surgidos de la Revolución. Martín Luis Guzmán, fue el cronista de los caudillos y denunció los manejos de la burguesía para malograr los triunfos de la causa popular.

Sin embargo, estas críticas, por demás valiosas, no fueron todo lo constructivas y eficaces que pudieron haber sido; partieron del negativo convencimiento de que poco o nada se podría hacer para alterar la división existente entre los seres humanos: explotadores y sometidos.

En la obra de los dos escritores, el aspecto erótico, que llegó a ser asunto central en la novela de finales del siglo XIX, fue desterrado casi por completo. Ambos nos introducen en una narrativa violenta, definida así por las constantes de peligro, ansiedad,

sufrimiento y muerte. Señalan la participación de las mujeres del pueblo; las soldaderas que estuvieron en la contienda, peleando pa rejo con los hombres; y no estaban ahí como trofeos lujosos o como simples adornos.

De igual manera incluyen la presencia del indígena, que casi había sido desterrado de la creación artística. Esto como resulta do del proceso de afrancesamiento de la vida mexicana, iniciado du rante el porfiriato. Estos dos escritores ponen los ojos en ese amplio sector de la población nacional: el indígena; y sirvieron para descubrir un nuevo campo en el que han incursionado los culti vadores de la llamada Novela Indígenista (Francisco Rojas González).

Martín Luis Guzmán, por su parte, fue un hombre muy perspicaz, que basaba sus escritos en la observación crítica de la realidad que le tocó vivir. Guzmán no prodiga, como Azuela, sus juicios y opiniones personales a propósito de los hechos que narra. Esto se guramente como resultado de su profesión de periodista, en la que buscaba ser siempre objetivo. Si bien es cierto que no se pueden encontrar expresiones denunciadoras de su ideología, pues el autor pretendió ser impersonal y objetivo, algunas veces sí deja ver sus afectos y antipatías.

Un aspecto en el que Guzmán sostiene una postura diferente a la de Mariano Azuela, se manifiesta en los personajes de sus nove las. En la obra de Guzmán los personajes que desfilan no son ya los soldados anónimos del ejército popular, ni los personajes hu mildes que se ven inmersos en la lucha sin saber por qué se lucha ba, ni los pequeñoburgueses a quienes la lucha arrastra. Son, por el contrario, los hombres decisivos de la Revolución: esos hombres

que ante las circunstancias y situaciones llegan a engrandecerse. Son los superhombres, los grandes caudillos que determinarán los destinos de la contienda y del país. Son carranza, Obregón, Villa.

En tanto que Mariano Azuela escribe de las situaciones cotidianas que vive el pueblo y pinta fielmente a campesinos, militares, médicos y enfermos; así como las clases populares de la Ciudad de México en la época posterior a la Revolución. Martín Luis Guzmán fija su atención en los personajes sobresalientes. Basta para que un hombre sobresalga entre la multitud, ya sea por sus actos positivos o negativos, para que atraiga la atención del escritor. A través de su obra, Guzmán pinta y retrata a personalidades superiores; por grande que sea su incultura o calidad humana, representan para el escritor la encarnación de un ideal que otros hombres apenas alcanzan a vislumbrar.

Los personajes que en las novelas de Mariano Azuela eran marionetas movidas por las fuerzas desconocidas del destino, son en Guzmán, seres movidos por una reflexión y una inteligencia que da vida y mueve a las multitudes y ejércitos que participaron en la contienda.

Se puede decir que Martín Luis Guzmán no se ocupa de medianías. Es muy selectivo en cuanto a los personajes que describe: él sólo se deja impresionar por las virtudes mayúsculas o por las maldades excesivas. Esto se advierte en la obra El águila y la serpiente, en la que describe cómo uno de los jefes de la fuerzas villistas (el General Fierro) se complace en ejecutar, por sí mismo, a decenas de prisioneros, demostrando así, una maldad excesiva. Otro ejemplo de esta característica de Guzmán se encuentra en La sombra del Caudillo, en la que el caudillo (Obregón) deja sentir

su fuerte personalidad sobre los personajes que le rodean; y cómo maneja las situaciones, de tal manera que coloca a sus favoritos, en el sitio que el predestina (Hilarario Jiménez o Calles, en la vida real) y elimina a quienes le son indeseables (General Ignacio Aguirre, en La sombra del Caudillo).

Esta inclinación de Guzmán hacia los asuntos que presentan cierta superioridad aunque sea negativa, es innata en él, motivada por su educación, el ambiente en que vivió, y por su formación profesional de periodista (precisamente La sombra del caudillo, está basada en un hecho real); el autor retoma el caso periodístico y le da un tratamiento literario, para traer como resultado el que conocemos.

Martín Luis Guzmán no tuvo mucho roce con la gente del campo ni con las clases populares de la ciudad; por el contrario, gran parte de su vida la pasó rodeado de grandes personajes: desde sus compañeros en El Ateneo de la Juventud, hasta su designación como Presidente de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, en los años sesentas, o su papel como Senador de la República, por el Distrito Federal; pasando por los servicios que prestó a la causa villista y a la carrancista. De ahí se deriva el por qué de sus temas y personajes.

Guzmán es sincero y fiel a la realidad que vivió. Una peculiaridad de su estilo es la descripción; al narrar las escenas, es como si las pintara. Pinta ambientes que casi es posible visualizar. En tanto que Mariano Azuela es un escritor que marca una estrecha relación entre los personajes y la naturaleza. Esto se aprecia sobre todo en Los de abajo.

Una diferencia entre estos dos escritores es la manera en que tratan los temas de sus novels. Guzmán escribe sus memorias a través de El águila y la serpiente; en Memorias de Pancho Villa el escritor suple a Villa con su propia personalidad y pone en labios del personaje un lenguaje probablemente más pulido y pulcro que el del caudillo. Es evidente que la personalidad del "Centauro del Norte", impactó vivamente a Guzmán. Las partes de esta novela están llenas de la vida del caudillo; su aspecto humano en el cual se puede advertir la grandeza de su destino y sus extraordinarias cualidades de líder.

En las obras de Martín Luis Guzmán nos encontramos con que él es un cronista cercano a la historia (El águila y la serpiente); realista y objetivo; trata de ser. Asimismo señala los defectos y las pasiones negativas de aquellos hombres que son considerados como héroes nacionales.

De esta manera, Guzmán se convierte en el más revolucionario de los novelistas de esta época, porque no solamente se limita a criticar los vicios de los hombres en lucha, sino que, además, establece una confrontación dialéctica entre las virtudes positivas del pueblo (que de acuerdo a él, encarnan en Villa) con sus aspiraciones y procedimientos y la inmoralidad ambiciosa del grupo revolucionario que llegó al poder.

Por su parte Mariano Azuela, quien también militó en las filas villistas, pese a que sus novelas son críticas sociales y valientes documentos de denuncia, incluso a los gobiernos posrevolucionarios en el momento mismo que ocupaban el poder, no presenta soluciones ni alternativas. Siempre dijo que él consideraba que debía señalar los vicios y defectos de la administración, mas no dar soluciones al respecto.

Otra particularidad de la obra de Azuela radica en que sus personajes se repiten en diferentes novelas: encontramos a intelectuales, como el personaje Toño Reyes de la novela Andrés Pérez, maderista, que se antepone al licenciado Reséndez en Los fracasados, y el personaje Andrés Pérez de la obra citada, da origen a Luis Cervantes en la novela Los de abajo.

La narrativa de la Revolución se inicia con la obra de Azuela Los de abajo. En esta novela el autor abandona por completo las normas de la novelística europea (corriente a la cual había seguido al igual que la mayoría de los literatos mexicanos), forja una nueva novela americana; logra una perfecta armonía entre los diálogos y las descripciones de la naturaleza.

Por su parte Guzmán, al igual que Azuela, prescinde de las fórmulas europeas y se lanza a la búsqueda de nuestra individualidad, enriqueciendo la literatura mexicana. Una de las características más relevantes de la obra de este autor, es la armonía entre la forma y la idea; hay una correspondencia exacta entre la expresión literaria y la construcción de su pensamiento. Por ello sus libros parecen pinturas de imágenes y acciones.

El estilo de Azuela se caracteriza por la sencillez, la brevedad en la descripción del paisaje, y sobre todo, el predominio del diálogo sobre la descripción. El lenguaje utilizado por sus personajes refleja algunos aspectos del habla del pueblo mexicano.

En contrapartida, Guzmán plasma personajes históricos y por tanto el lenguaje es un tanto más refinado, las expresiones utilizadas por los personajes son acordes con la realidad de cada uno.

de ellos. También Guzmán utiliza un lenguaje para cada personaje: Villa es crudo, espontáneo y temperamental. Es sin duda, el personaje que más impactó al escritor. En Memorias de Pancho Villa se advierte la importancia que tuvo para él, la cercanía del caudillo.

El trabajo de Martín Luis Guzmán fue impulsado por un afán nacionalista. Luchó contra el fanatismo del pueblo y no dejó de censurar a la iglesia por su intromisión en los asuntos públicos. Siempre exaltó todo aquello que era mexicano. Consideraba que la cultura nacional se debía al conocimiento de la realidad mexicana.

Pese a la diferencia entre los dos estilos y su sentir respecto a la Revolución Mexicana (Azuela siempre tuvo una concepción totalmente pesimista del movimiento, y reclamaba en incumplimiento del programa revolucionario; mientras que Martín Luis Guzmán manifestó aversión a los primeros gobiernos emanados de la Revolución, pero sirvió y trabajó para otros como el Gobierno de Adolfo López Mateos), estos escritores son los más sobresalientes entre los iniciadores del género de la Novela de la Revolución Mexicana. Su visión, si bien es cierto que es pesimista, ha tenido un valor literario muy alto. Han sentado las bases para una nueva narrativa mexicana y rompieron con la dependencia cultural que había hacia el extranjero, sobre todo de Francia, para crear una forma literaria muy propia de México.

Las novelas de estos dos autores son duras críticas al movimiento revolucionario. Ambos fueron participantes directos de él. Como hombres pretendieron ser honestos y señalaron el sentir del pueblo mexicano. Un mérito más es el resaltar las motivaciones y

actitudes de un pueblo que deseaba y luchaba por el cambio. A los nombres de estos dos escritores deben agregarse nombres como el de Mauricio Magdaleno, Agustín Yáñez, Rafael F. Muñoz, López y Fuentes y en generaciones posteriores a José Revueltas, Juan Rulfo y Carlos Fuentes, quienes también abordan la narrativa revolucionaria y la enriquecen.

CAPITULO VI

PERIODISMO, LITERATURA Y EL CONCEPTO OFICIAL DE LA REVOLUCION MEXICANA

Es de sobra sabido que el periodismo tuvo una gran influencia durante la Revolución Mexicana. Pese al analfabetismo existente en nuestro país al inicio del actual siglo, fue por medio de los periódicos, no siempre editados en México, como las ideas revolucionarias se divulgaron e impulsaron a los mexicanos a luchar por sus derechos, por una forma de vida mejor, por la libertad política, económica y social.

Pese a que el movimiento de la Revolución careció de un programa conciso para su desenvolvimiento, y de una teoría bien fundamentada, sí hubo gran cantidad de intelectuales, profesionistas y periodistas que fueron precursores intelectuales del movimiento armado. Entre ellos se puede contar al ingeniero Juan Sarabia, también periodista, al igual que Camilo Arriaga, y el joven estudiante y abogado Antonio Díaz Soto y Gama. Todos ellos oriundos de San Luis Potosí, ciudad a la que se le ha llamado Cuna de la Revolución. A estos personajes hay que agregar otros dos destacados intelectuales representantes de las tendencias más encontradas dentro del grupo liberal: Francisco I. Madero y Ricardo Flores Magón.

En septiembre de 1905 se fundó la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. Esta agrupación se propuso unificar al movimiento liberal para combatir a la dictadura de Porfirio Díaz. Los principales hombres que formaron esta junta fueron: Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio I. Villareal, Librado Rivera y otros más.

Ricardo Flores Magón, cabeza y guía de esta junta, se valió del único medio que en aquel tiempo estaba en sus manos: el periódico. Lo usó con talento, con acierto, con audacia y con pasión, porque no cabía la imparcialidad en aquella empresa que aprovechaba como sus mejores ingredientes los atropellos y las vejaciones (como las brutales represiones a las huelgas de Cananea y Río Blanco) que diariamente sufrían en todo el territorio nacional, miles de mexicanos a los que el régimen porfirista les había negado voz y voto.

Flores Magón tuvo una gran influencia con el diario Regeneración (Periódico que cuestionó duramente las bases de la dictadura y en el cual Ricardo Flores Magón dejó constancia de su vocación periodística y revolucionaria), en él denunció a los jefes políticos, a los jueces serviles, a los militares deshonestos y a los ministros que abusaban del poder que les confería la dictadura. El mismo Díaz fue llevado al banquillo de los acusados por Flores Magón. No se detuvo ante nadie ni ante nada.

Divulgando ideas, proclamando principios, defendiendo a los obreros y campesinos, y defendiendo la libertad de expresión, Flores Magón llevó a cabo una enorme obra de educación cívica del pueblo. Demostró que se podía, y sobre todo, que se debía decir la verdad. Supo usarla como arma insuperable. Por eso, Regeneración y El Hijo del Ahizote (Aquel periódico de caricaturas de crítica política y social) supieron llevar a cabo su tarea formativa. Desde luego, las publicaciones de Flores Magón no competían con la prensa del régimen porfirista, puesto que no eran voceros oficiales, sino espejos donde la realidad que vivía el pueblo se reflejaba con fidelidad y vigor.

Sin embargo, los periódicos de este periodista no llevaron a cabo solamente la tarea de proclamar la verdad, de difundir los hechos, de levantar la voz de protesta y de indignación popular; persiguió otro objetivo de incalculable valor: organizar, ligar y coordinar las acciones de muchos opositores al régimen a través del Partido Liberal Mexicano. De las filas de este partido surgieron los organizadores del movimiento obrero, los líderes de los campesinos. Flores Magón entregó soldados a Emiliano Zapata y con ellos la consigna social de la Revolución, su mejor bandera: Tierra y Libertad. En este periodista se conjugan los trabajos periodístico y revolucionario. El lema que hizo famoso la causa zapatista, fue usado antes que nadie por el Partido Liberal Mexicano.

Dicho partido constituyó una corriente política radical en el proceso revolucionario mexicano. Sin duda, el combate antidictatorial emprendido por los liberales dejó una profunda huella en la vida política del periodo post-revolucionario. Sin embargo, desde la perspectiva del movimiento obrero, la alternativa del Partido Liberal Mexicano no se agota con el derrocamiento de Díaz. El magnonismo constituyó una alternativa para los obreros que intentaron hacer del proceso revolucionario un movimiento anticapitalista, cuyos rasgos principales fueron la autonomía de la participación obrera y campesina, así como el carácter internacionalista de la Revolución Mexicana. Pues al trasladarse el Partido Liberal Mexicano a Estados Unidos, logró vincular a una parte del proletariado norteamericano con el movimiento revolucionario de nuestro país.

En su mayoría, los intelectuales revolucionarios, precursores del movimiento armado provenían del positivismo porfirista.

Este grupo independiente estaba compuesto por hombres como José Vasconcelos, Antonio Caso, Luis Cabrera, Diego Rivera, Martín Luis Guzmán, etc., quienes fundaron el Ateneo de la Juventud. En las discusiones que en él se suscitaban figuraban hombres como Alfonso Reyes, y Pedro Henríquez Ureña; así como gran cantidad de artistas, escritores y profesionales que se esforzaban por encontrar nuevos conceptos intelectuales que debían sustituir a los que en ese momento se encontraban en vigor, pero también en decadencia.

Los más destacados, los que formaron el verdadero núcleo del movimiento precursor y participaron más tarde en la Revolución, fueron; Madero, Arriaga, Díaz Soto y Gama, Juan Sarabia y Ricardo Flores Magón. Camilo Arriaga y Francisco I. Madero representaron el disenso de un pequeño número de familias oligárquicas que pretendían introducir la democracia liberal. El resto de los precursores tenían otras motivaciones; desde quienes se encontraban frenados en sus carreras profesionales o decaían en su posición social, hasta hombres con verdadera vocación revolucionaria, preocupados por las injusticias sociales que se vivían día a día.

Las ideas anarquistas y socialistas de Arriaga tuvieron influencia definitiva entre los partidarios de formar una coalición de proletarios. No menos decisivas para la lucha fueron las actitudes de los clubes de San Luis Potosí y el resto del país. Estos clubes tenían órganos de difusión o publicaciones en forma.

Presidido por Arriaga se inauguró el Primer Congreso Liberal en San Luis Potosí, en el que intervinieron Juan Sarabia, Díaz Soto y Gama, y Ricardo Flores Magón, quien hizo acusaciones severas

al régimen porfirista. Por entonces los hermanos Flores Magón y otros liberales lograron incorporar al movimiento a la clase media y baja. Desde luego, la respuesta del gobierno fue una feroz represión que culminó con la clausura de 42 periódicos y el asesinato o cárcel para más de 50 periodistas.

Pero lo que en verdad preocupaba al régimen era el grupo de San Luis Potosí, y contra él dirigió sus ataques. Arriega, Sarabia, Rivera y Díaz Soto y Gama fueron encarcelados. Ya en la prisión fundaron El Demófilo, periódico político antireeleccionista que finalmente fue confiscado.

Otro periódico, El Hijo del Ahizote prosiguió la campaña anti porfirista en tanto que el sector más radical pugnaba por un movimiento revolucionario nacional que derrocaria al gobierno e introdujera profundas reformas sociales y económicas.

Las diferencias entre los precursores se agudizaron en el exilio. Flores Magón, Sarabia, De la Vega y otros liberales abandonaron el país ayudados por Arriega. Al tener contacto con otros anarquistas, Ricardo Flores Magón confesó abiertamente sus ideas anarquistas. En México, Arriega, quien entonces era el máximo líder liberal, hacía esfuerzos inútiles para que Flores Magón se moderara. Luego de algunas dificultades del grupo, Sarabia presentó un programa que serviría más tarde de base a las innovaciones hechas a la Constitución de 1917.

Pese a todas las diferencias entre los integrantes de este grupo, parte de ellas fueron superadas. Mientras que los radicales liberales gritaban "Tierra y Libertad", los moderados antireeleccionistas se ampararon en el lema "Sufragio efectivo, no ree-

lección". Cabe mencionar que ya en el periodo maderista se fundó la Casa del Obrero Mundial, que el régimen acogió a numerosos intelectuales y dio, más tarde, Batallones Rojos al Contitucionalismo; además de la ayuda económica que dio el régimen maderista a "Regeneración", esto como continuación de la tendencia hacia la agrupación obrera.

Un suceso periodístico de gran relevancia en la etapa previa a la lucha revolucionaria es la entrevista Díaz-Creelman. Fue The Mexican Herald el primer órgano periodístico que dio acogida al reporte de Creelman, reproduciéndolo de The Pearson's Magazine, editado en Estados Unidos y publicándolo en febrero de 1908. En México, el primero de marzo siguiente, las páginas del diario católico El Tiempo se abrieron para publicar un extracto traducido del inglés al español y dos días más tarde. El Imparcial, periódico partidario de Díaz, inició la difusión de la entrevista en sus páginas.

En dicha entrevista Díaz señalaba que el país ya se encontraba maduro, como para asumir la democracia. Habló de que vería con gusto la formación de un partido opositor en la República. Incluso dijo que dicho partido tendría su apoyo. Es evidente que al decir esto, el dictador se refería a la agrupación formada por el grupo de "Científicos"; agrupación a la cual sí hubiese estado dispuesto a ayudar; y no a otro tipo de agrupación o partido (Como el caso del Partido Liberal Mexicano, al cual siempre reprimió).

En los últimos meses de dictadura surgió gran cantidad de periódicos y publicaciones en contra del gobierno de Díaz; por consiguiente, la represión contra periodistas e intelectuales se acrecentó notablemente. Las publicaciones que en este periodo divul-

gaban las ideas antiporfiristas eran El Mexicano, El Constitucional, El Voto, El Diario del Hogar (del cual era director Filomeno Mata, quien había pedido a Díaz le concediera una entrevista acerca de los asuntos tratados con Creelman y la cual le fue negada), y Hoja Republicana, cuyo director era Rafael Martínez, cuyo pseudónimo era Rip-Rip; hombre que sufrió la represión del régimen.

El interés polémico de los partidos por medio de sus órganos de prensa decayó sensiblemente en los últimos meses de 1910; pues los antireeleccionistas quedaron privados, a consecuencia de la severísima represión usada por el gobierno para ahogar el movimiento revolucionario, de la más pequeña hoja impresa, donde continuar la exposición de sus ideas, y los reeleccionistas no tuvieron ya con quien controvertir, concentrando su empeño propagandístico en condenaciones contra los alzados en armas.

Para todos los simpatizadores de la Revolución perdieron interés las secciones editoriales de los diarios, y el terreno perdido por los artículos lo ganaron las secciones informativas en lo concerniente a operaciones militares entre cuerpos del ejército federal y partidas de revolucionarios.

El periódico El País consiguió, en poco tiempo, ponerse a la cabeza de los demás diarios, en cuanto al tiraje de sus ediciones; porque no sólo a los partidarios de la Revolución y de Madero, sino al lector común, había acabado por provocarle náuseas la manía de los periódicos gobiernistas, en cuyas páginas siempre eran los revolucionarios quienes morían y los federales quienes ganaban batallas con gasto mínimo de vidas.

En marzo de 1911 El Diario del Hogar inició la publicación de un amplio análisis del licenciado Blas Urrea (pseudónimo de Luis Cabrera), sobre "La situación política", en ese momento; pero los lectores del heroico periódico de don Filomeno Mata hubieron de conformarse con las primeras partes de análisis, pues el régimen suspendió por enésima ocasión la publicación del diario. Luis Cabrera no se conformó con que sólo fueran conocidas esas primeras partes y halló acogida en La Opinión, de Veracruz.

Es necesario señalar la importancia que tuvo el ideólogo Luis Cabrera, quien a través de sus escritos buscaba dar sentido a la lucha de miles de mexicanos que morfan en los campos de batalla.

Hubo otras publicaciones que cooperaban para el desprestigio de la Revolución y de sus hombres, entre ellos El Imparcial, dirigido por Rafael Reyes Spíndola, periódico muy hábil en cuestiones dialécticas, de las cuales se valía para denigrar a los personajes revolucionarios y exaltar a los representantes del viejo orden; y el periódico El País, que aprovechaba cualquier acontecimiento convulsivo para exagerarlo y llenarlo de calificativos.

Cuando ya Madero había logrado, junto con los revolucionarios, el derrocamiento de Díaz, y se encontraba ocupando la presidencia, tuvo una imprevisión, que contribuyó en cierta medida, a su muerte y derrocamiento: haber descuidado la creación y mantenimiento de una prensa que contrarrestara la inteligente y pasional propaganda en contra de su gobierno y de la Revolución en general, que emprendieron sus opositores. Los ataques llegaron, incluso, a insultos personales.

Ante esto, los periódicos partidarios de Madero y otros grupos de simpatizadores, organizaron mítines en contra de la prensa "libertina". Lo que se consiguió fue una reacción moral contraproducente. Aun revolucionarios leales a la causa de Madero, salieron en defensa de un principio que formaba parte inseparable del ideario de la Revolución: el respeto a la íntegra libertad de expresión del pensamiento por medio de la prensa.

La situación de la prensa nacional había cambiado por completo. Durante el régimen de Díaz había estado sometida y había sufrido innumerables represiones, pero con Madero hubo una situación de libertinaje. Sin embargo esta situación no fue muy duradera, pues al estar en el poder Victoriano Huerta, la libertad de expresión quedó sepultada bajo el terror huertista.

Con Venustiano Carranza y el constitucionalismo, la libertad de prensa volvió a surgir. Pese a ello, la prensa en este periodo debió de adoptar la siguiente actitud: conformar y consolidar el nuevo régimen y la naciente Constitución.

Durante el carrancismo, los anhelos de renovación social fueron vistos en panorama más amplio por los periodistas, quienes dirigieron su enfoque tanto a la cuestión agraria, como a la obrera, la bancaria, la educativa y, en general, a todas las que en su conjunto deberían ser calificadas dentro del cuadro de motivaciones de la Revolución Mexicana.

Cuando el Gobierno Constitucionalista estuvo radicado en Veracruz, en el órgano periodístico El Pueblo se definieron con mayor precisión las ideas fundamentales respecto a las reformas de

orden social y económico que la Revolución debería promover, y es probable que mucho haya contribuido a la formación del acervo doctrinario con que los diputados de más alta capacidad intelectual llegaron al Congreso Constituyente de 1917.

Al dividirse las facciones luego de la Convención de Aguascalientes, el periodismo se dedica a informar de los acontecimientos según el medio en el cual se publica. Si se cae dentro del ámbito constitucionalista ataca a la Convención y a Francisco Villa; si, por el contrario, está controlado por estos últimos, los atacados son Carranza, Obregón y sus seguidores. Con todo y eso, ya para entonces la prensa nacional es más objetiva y tiende a influir en el aspecto cultural.

Muerto Carranza, Obregón inicia una etapa de cierta paz en el país, a pesar de que todavía existe mucha agitación. La prensa influyó en dos sentidos en esta época; por una parte llenó de alabanzas al caudillo y pasó por alto muchos actos definitivamente criminales cometidos por él (Cuando ocurre la sucesión presidencial en la cual Calles sube al poder, Obregón se encarga de asesinar a sus opositores para apoyar a sus favorecidos: Matín Luis Guzmán aborda este asunto en su obra La sombra del caudillo), y por otra dio paso a una combinación de las ideas reaccionarias y antirevolucionarias, y las que no lo eran.

Clandestinamente se editaban periódicos clericales y la llamada "Gran Prensa Mexicana", que estaba de parte del clero. La iglesia buscó influir en los asuntos del gobierno y como consecuencia se desató la guerra cristera.

El concepto oficial de la Revolución Mexicana no ha sido aje no a las fuentes periodísticas. Algunas ocasiones esas fuentes lo han legitimado y sustentado (La entrevista Díaz-Creelman ha sido muy difundida y es señalada como claro antecedente de la lucha armada. Ha servido de base para la versión oficial que siempre ha visto a Díaz como un dictador que favoreció ampliamente a la inversión extranjera), sin embargo, en otras contradice y niega dicho concepto oficial, en el cual se eleva a Madero a la calidad de "Martir de la Democracia"; sin tomar en cuenta los testimonios periodísticos en los cuales se le atacaba ferózmente. En algunas ocasiones no se puede confiar en los testimonios periodísticos, puesto que las versiones de los hechos que narran son muy parciales y poco objetivas; abundantes en calificativos y carentes de pruebas (no se debe perder de vista que cada facción revolucionaria tenía sus propios órganos informativos e inclusive su propio papel moneda. Durante la época carrancista se utilizaba como sistema monetario unos billetes llamados "bilimbiques", gran mayoría de los cuales no tenían ningún respaldo ni validez. Villa también mandaba imprimir sus propios billetes).

La literatura de la Revolución Mexicana es muy amplia y por consiguiente los aspectos de coincidencia y discrepancia respecto al concepto oficial de la Revolución son muy numerosos. Sin embargo se pretende señalar de qué manera la obra literaria de los escritores Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán aprueban, o por el contrario niegan este concepto oficial.

Por principio de cuentas hay que señalar que la impartición de la Historia Nacional, y en especial de la Revolución es muy limitada. Los programas de estudio de las primarias y secundarias

oficiales no siempre contemplan la impartición de este tema.

Cuando en 1959 se creó la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, se llevó a cabo la uniformación de la educación. Los conocimientos que se impartieron a partir de esta fecha han sido los mismos para todos. No ha habido lugar para otras corrientes del pensamiento o de otros puntos de vista diferentes de los que conforman la educación oficial, ya que esas corrientes son, por regla general, clericales y reaccionarias.

Observemos, por principio de cuentas, que si bien es cierto que en la Revolución participaron gran cantidad de mexicanos, no todos tenían las mismas aspiraciones y costumbres. Los protagonistas de la Revolución, salvo Villa y Zapata, rehusaban compartir los valores culturales de la gran mayoría de la población. Azuela y Martín Luis Guzmán se distinguen porque en su trabajo literario se exaltan los valores mexicanos y se adentran en la vida netamente mexicana. En "Los de abajo" acudimos a presenciar cómo la ola revolucionaria arrastra a los peones y campesinos en un vaivén de acontecimientos que en ocasiones ellos mismos no entienden. El personaje Demetrio Macías es de los más logrados de toda la novelesca mexicana.

Los grupos que se levantaron en armas contra el régimen de Díaz, apenas representaban la milésima parte de la población nacional; quienes se levantaron contra Huerta eran muchos más, y casi todos pertenecían al grupo de los carrancistas o de los revolucionarios zapatistas o villistas; y ninguno de los dos últimos grupos fueron los triunfadores en la rebelión.

El grupo que se hizo del poder a partir de 1917, el de Carranza y sus seguidores, nunca fue verdaderamente revolucionario, sólo reformista, y jamás pudo pretender la representación del pueblo mexicano. Desde este punto de vista, la Revolución Mexicana fue poco revolucionaria y poco mexicana, aunque la Constitución fue muy avanzada por diputados radicales que se impusieron en la garantía de los derechos sociales.

Para los gobiernos surgidos de este movimiento, los grandes caudillos Carranza y Obregón se presentan como el prototipo del hombre ideal y esforzado por formar un México más justo. En cuanto a la concepción y definición de los caudillos, Martín Luis Guzmán (el escritor que mejor ha plasmado y definido el aspecto dirigente de la Revolución), difiere ampliamente del concepto oficial. En El águila y la serpiente, el autor deja sentir sus puntos de vista acerca de Carranza, Obregón y otros hombres de la Revolución, los humaniza, y por consiguiente, menciona sus pasiones, emociones, preferencias y favoritismos.

Desde iniciado el movimiento armado, la lucha fue difundida por crónicas periodísticas, que en los primeros años se mostró desfavorable a la lucha maderista. En esta primera etapa el antiguo régimen mantuvo en pie su ejército y sus medios informativos hasta 1914. Madero no pudo tener buena prensa desde que recorrió la República como candidato presidencial hasta su ascensión al poder. No hizo nada por ganarse las simpatías de los periodistas cuando fue presidente, ni sus seguidores lo lograron durante la dictadura de Huerta.

La historia oficial presenta a Madero como la máxima encarnación de la democracia. Por consiguiente es uno de los mayores hé-

roes nacionales; sin embargo, Mariano Azuela, en su novela Andrés Pérez, maderista, manifiesta su sentir, totalmente pesimista y opuesto del que se habla en el concepto oficial acerca del movimiento maderista. Para él, como para Zapata, el maderismo nunca fue tan positivo como lo presentan; él lo concebía como refugio de porfiristas (porfiristas bien definidos que se convierten en maderistas a raíz del triunfo del movimiento y del derrocamiento de Díaz). Madero es precursor, pero pesa en él su clase social: era de una rica familia de agricultores y empresarios; por consiguiente, al estar en el poder, más que revolucionario fue reformador moderado.

Después de 1914, la prensa hostil al proceso revolucionario pasó a segundo plano. Posteriormente la mayoría de las crónicas periodísticas tomaron el partido de la Revolución. El grupo intelectual de la élite revolucionaria tomó a su cargo la mayoría de la prensa y fue abundante la alabanza para los hombres y hechos de la contienda. A partir de Carranza los diarios y revistas pro digaron, además de reportajes de la acción cotidiana de signo oficial y revolucionario, opiniones acerca de méritos y servicios de quienes capitaneaban el movimiento.

En otros casos, las aportaciones a la historia han sido las autobiografías; Obregón escribió Ocho mil kilómetros en campaña; José Vasconcelos su Ulises criollo y Martín Luis Guzmán narra sus memorias en El águila y la serpiente. Otros hombres como Lázaro Cárdenas, Félix Palavicini, Alberto Pani y Emilio Portes Gil, entre otros, hacen su aporte a la historia con sus memorias. De igual manera la publicación de biografías como las de Francisco Villa (Quizás las de mayor importancia literaria sean las escritas por Martín Luis Guzmán), de Zapata, de Madero y de otros héro

es, ofrecen otros puntos de vista diferentes al concepto oficial. Sin embargo, no lo alteran en lo más mínimo. La autobiografía de Vasconcelos es tan bella como pesimista.

Para que un estudio histórico sea serio se exige que sea respaldado por documentos que prueben la veracidad de lo que se dice. En ese sentido los estudiosos de la historia han dejado de lado otro tipo de testimonios como son las narraciones verbales de quienes vivieron la revuelta, o las aportaciones que pudieran tomarse del trabajo literario de escritores como Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán (Cabe señalar que la Constitución de 1917, tan exaltada por el concepto oficial, pasó casi desapercibida para el grueso de la población, ya que en la práctica, para ellos no fue ninguna aportación, ni mejoró en lo más mínimo sus condiciones de vida). De igual manera, la figura de Carranza ha sido elevada por los gobiernos posrevolucionarios; pero la gente común que tuvo que convivir con él y sus seguidores contradice ese punto de vista. El término "carrancear" era, en aquel tiempo, sinónimo de saquear. No olvidemos que Carranza había sido senador porfirista, convertido después en revolucionario. Este hecho recuerda al personaje Andrés Pérez, de la novela de Azuela Andrés Pérez, maderista.

Pese a que el concepto oficial de la Revolución Mexicana proclama los logros de ésta, así como se venera a hombres: Carranza, Obregón y otros, en las obras de Azuela encontramos un enorme pesimismo y una concepción totalmente negativa de los gobiernos surgidos de la Revolución; tal como él lo vivió, como lo vivieron las clases menos favorecidas. Es entendible que así suceda, pues to que los triunfadores, quienes llegaron a ocupar el poder, no tenían ni las mismas costumbres, ni las mismas aspiraciones, ni

la misma forma de vida de la gran mayoría de los mexicanos. Es evidente que la Historia de nuestro país la han escrito los gobiernos posrevolucionarios, y al uniformar la enseñanza ofrecen una versión que les favorece, legitima y justifica en todo momento. '

Por su parte, Martín Luis Guzmán a pesar de haber trabajado con algunos gobiernos como el de Adolfo López Mateos, tuvo también una visión negativa de los revolucionarios que salieron victoriosos; transmite una gran crueldad y violencia como el sentido de la Revolución. Ejemplos los hay a manos llenas: en el capítulo "La fiesta de las balas" de El águila y la serpiente, la crueldad llega a ser tal, que el oficial villista Fierro ejecuta a docenas de prisioneros, él sólo, y sin tener la más mínima clemencia.

Sin embargo, en ocasiones los novelistas llegan a crear o engrandecer los mitos acerca de los caudillos. Martín Luis Guzmán siempre manifestó una gran admiración por la personalidad de Francisco Villa. Escribió sus memorias y transmitió de Villa una figura nítida y noble; en tanto que de los oficiales de otros grupos dejó una imagen de crueldad y villanía. Pasó por alto los calificativos de asesino que le hicieron a Villa; por ejemplo: los habitantes de la localidad de San Pedro de la Cueva, Sonora, en donde hay testimonios de que asesinó a 72 hombres, mujeres y niños, antes de quemar el poblado, y sin haber tenido una causa que justificara esta acción.

De un modo u otro, estos dos escritores que se dedicaron a explicar la Revolución, la critican desde un principio. Para ellos el movimiento falla porque no opera el milagro de redimir a una masa de obreros y campesinos condenada a la esclavitud, maldad

ajena y parálisis propia. Sin embargo, para algunos, la Revolución triunfa y encuembra a una nueva clase. Guzmán es el escritor que mejor profundiza en el fenómeno de los dirigentes revolucionarios. En la obra El águila y la serpiente, pero sobre todo en La sombra del caudillo, el autor deja sentir un enorme rechazo cultural: Guzmán no acepta al tipo de hombre emanado de la Revolución. Lo considera sobre todo un bárbaro, una irrupción, un usurpador (el caudillo es Obregón, aquí el escritor difiere en sus puntos de vista del concepto oficial que se tiene de él. Precisamente por esto nunca se ha permitido la exhibición de la película La sombra del caudillo, por decirse que denigra al ejército mexicano).

Para Guzmán, la historia de México es la búsqueda de una sentencia sin remedio. La obra antes citada enjuicia a la política mexicana, sus organismos de poder, sus instituciones y el aplastamiento a que somete todo lo circundante; pero también pretende definir una aspiración de cultura a través del ofrecimiento de sus contrastes: el contraste del caudillo (según lo dice Castro Leal en el prólogo de La Sombra del caudillo) Obregón es Axcaná González.

Ahora bien, es innegable que, para gran parte de la población, el movimiento revolucionario no fue nunca algo positivo y para la cual las cosas continúan como antes. Muchas poblaciones recuerdan con odio a Obregón y Calles por la persecución religiosa. Interesantes son los estudios de la reacción o de los cristeros, cuyo periodo cuenta con prensa y literatura propias. Donde se exalta a personajes como Toral (quien mató a Obregón), la madre Conchita, el padre Pro y otros que tuvieron participación en atentados y en la muerte del Caudillo.

La Revolución Mexicana ha sido vista de manera muy diferente por el recuerdo histórico de quienes la vivieron o la clase que asumió el poder, o por los intelectuales, periodistas y escritores cuya expresión no siempre ha sido escuchada, pero que también es una importante aportación.

C O N C L U S I O N

En el presente apartado se pretende señalar las partes más importantes de este trabajo; aquellas que han servido para probar las hipótesis planteadas al inicio; así como los objetivos que se planteó cubrir:

Pese a que el movimiento de la Revolución careció de un programa conciso para su desenvolvimiento y de una teoría bien fundamentada, sí hubo gran cantidad de intelectuales, periodistas y profesionistas quienes a través de los periódicos difundieron sus ideas y buscaron la creación de grupos que se opusieran a la dictadura de Díaz. Entre los personajes más importantes que publicaron ideas contrarias a las del régimen se puede contar a Francisco I. Madero, Juan Sarabia, Camilo Arriaga, Luis Cabrera y Ricardo Flores Magón.

Este último tuvo gran influencia con su diario "Regeneración", en el cual se denunciaban los abusos de la dictadura; se divulgaban ideas, se proclamaban principios, se defendía a campesinos y obreros y se defendía la libertad de expresión; logrando así una obra de educación cívica del pueblo.

Sin embargo, las publicaciones de los hombres antes señalados, no solamente llevaron a cabo la tarea de proclamar la verdad; sino que también la de difundir los hechos y levantar las protestas de indignación popular; pero sobre todo, llevaron a cabo la tarea de organizar, ligar y coordinar las acciones de muchos opositores al régimen a través del Partido Liberal Mexicano. De cuyas filas surgieron los organizadores del movimiento obrero y los líderes campe

sinos. En hombres como Ricardo Flores Magón se sintetizan el trabajo periodístico y revolucionario.

La importancia del trabajo periodístico de los hermanos Flores Magón radica en que, también, lograron incorporar a su movimiento parte de la clase media mexicana. Desde luego, la represión no se hizo esperar y hubo varias clausuras de periódicos, así como el asesinato y cárcel para muchos periodistas.

Sin embargo la participación de la prensa en la Revolución no se limitó a denunciar y organizar; también sirvió de base para las innovaciones que se hicieron a la Constitución de 1917; el programa presentado por Juan Sarabia fue muy importante.

Asimismo un suceso periodístico de suma importancia en la etapa previa a la lucha armada fue la entrevista Díaz-Creelman; en la que el dictador señalaba que el país ya se encontraba maduro, como para asumir la democracia.

Con Venustiano Carranza y el Constitucionalismo, la libertad de prensa volvió a surgir (se había visto reprimida durante la dictadura de Victoriano Huerta). El papel del periodismo en esta etapa consistió en conformar y consolidar el nuevo régimen y la naciente Constitución. Durante el carrancismo los anhelos de renovación social fueron vistos en panorama más amplio por los periodistas, quienes dirigieron su enfoque tanto a la cuestión agraria como a la obrera, la bancaria y la educativa.

Con Obregón, la prensa llenó de alabanzas al caudillo y pasó por alto los crímenes e injusticias cometidas por él. Cuando ocurre la sucesión presidencial el caudillo elimina a sus opositores

y favorece a sus hombres; este suceso es tratado por Martín Luis Guzmán en su obra La sombra del caudillo.

De esta manera se comprueba la gran importancia que tuvo la labor periodística en la Revolución mexicana.

Asimismo se comprueba la importancia de las obras de los escritores Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán para comprender en toda su magnitud la Revolución. En los anteriores capítulos queda demostrado que ambos escritores realizaron novelas de reflejos autobiográficos. Azuela, médico de profesión, participó directamente en el movimiento armado con la División del Norte. Su visión de los hechos es cuidadosa y fría, a veces pesimista de la vida y escéptico de los logros de la Revolución.

Una característica muy propia de las obras de Azuela es la nota costumbrista; no pierde ocasión para plasmar fiestas populares, celebraciones religiosas y rancheras. La fusión del personaje y el ambiente es característica de su estilo; en sus obras hay una estrecha relación entre el hombre y la naturaleza. En su novela más importante Los de abajo, alcanza su más alto nivel estilístico. Los párrafos son cortos y predomina el diálogo sobre la descripción.

Los diálogos son de acuerdo al personaje, utiliza palabra y giros típicos de México; tiene un genuino reflejo del pueblo mexicano y siempre es sencillo. Su obra es genuina, auténtica; se aparta de el estilo europeo para fijar los ojos en nuestro país. Sus obras sirven de base para la literatura mexicana del siglo veinte.

Por su parte Martín Luis Guzmán es más reflexivo y observador. Nos da en sus obras una visión del mundo de los jefes y dirigentes supremos del movimiento y del poder. Estuvo cerca de Villa, Carranza y Obregón; fue periodista y participante directo, primero, del Ateneo de la Juventud, agrupación que enfrentó la filosofía Positivista (base de la dictadura de Díaz); y después, de la lucha armada, al lado de Francisco Villa. En su narrativa pone al lector ante los hechos, sin insinuar siquiera su personal opinión ante los mismos. Sus obras están basadas en hechos verídicos, reales.

Martín Luis Guzmán es el escritor que mejor profundiza en el fenómeno del dirigente revolucionario. En las obras El águila y la serpiente; pero sobre todo en La sombra del caudillo, deja sentir un enorme rechazo cultural; no acepta el tipo de hombre creado por la Revolución. Le considera un bárbaro, un usurpador. El caudillo es Obregón, aquí el escritor difiere, en sus puntos de vista, del concepto oficial. Precisamente por eso nunca se ha permitido la exhibición de la película La sombra del caudillo, por decirse que denigra el ejército mexicano.

Su estilo literario es claro y tiene una gran habilidad para hacer un resumen de una historia en unas cuantas líneas de profunda psicología.

Por otra parte, queda demostrada la importancia de las obras de los escritores antes mencionados para la mejor comprensión del fenómeno que fue la Revolución mexicana y la negación que hacen del concepto oficial de la misma.

Cabe señalar que si bien es cierto que en la lucha participaron gran cantidad de mexicanos, no todos tenían las mismas aspiraciones y costumbres. Los protagonistas de la Revolución, salvo

Villa y Zapata, no compartían los valores culturales de la gran mayoría de la población. Azuela y Martín Luis Guzmán se distinguen porque en su trabajo literario se exaltan los valores mexicanos y se adentran en la vida netamente mexicana. En Los de abajo, acudimos y presenciamos cómo la ola revolucionaria arrastra a los peones y campesinos en un vaivén de acontecimientos que en ocasiones ellos mismos no entienden. El personaje Demetrio Macías es uno de los mejores logrados de la novelística mexicana y ejemplifica el caso de miles de mexicanos ante la Revolución.

Es argumento favorito de los gobiernos surgidos de la Revolución, presentar a caudillos como Carranza y Obregón como hombres ideales esforzados por formar un México más justo. En cuanto a la concepción y definición de los caudillos, Martín Luis Guzmán difiere ampliamente del concepto oficial. En El águila y la serpiente, deja sentir sus puntos de vista acerca de Obregón, Carranza y otros hombres dirigentes de la lucha; los humaniza; y por consiguiente, menciona sus pasiones, emociones, preferencias y favoritismos.

La historia oficial presenta a Francisco I. Madero como la máxima encarnación de la democracia; por consiguiente es uno de los máximos héroes nacionales; sin embargo, Mariano Azuela en su novela Andrés Pérez, maderista, manifiesta su sentir, totalmente pesimista y opuesto del que habla el concepto oficial. Para él, como para Zapata, el maderismo nunca fue tan positivo, lo concebía como refugio de porfiristas que cambian de bandera ante el triunfo de los rebeldes.

Queda así comprobadas las diferencias entre el concepto oficial de la Revolución mexicana y el concepto que plasman en sus obras Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán; así como la ilustración que hacen de ese momento histórico en la vida del país.

Las conclusiones juicios e interpretaciones que se han hecho en el presente trabajo tienen como fundamento, en gran medida, la obra de dos autores mexicanos: Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán, su pensamiento político y su vida como hombres participantes directos del movimiento armado que fue la Revolución Mexicana.

En consecuencia, no he hecho sino tomar en cuenta su trabajo, lo que aseveran, esas verdades autobiográficas que ellos presentan, y que yo admito y doy por válidas.

Cabe mencionar que la visión de ambos escritores respecto al movimiento armado de 1910 es de absoluto pesimismo. En sus obras se refleja la desilusión por los resultados de la Revolución; la crueldad y violencia sobre una casi carente teoría ideológica y una desconfianza enorme ante las revoluciones y sus líderes.

Sin embargo, en sus inicios, el género introduce grandes innovaciones como son el uso de las técnicas periodísticas; pretendiendo darle al relato el carácter de objetividad; renueva el habla nacional y legitima los vocablos populares; aborda los temas netamente mexicanos, dejando de lado y rompiendo con las influencias extranjeras. Tanto en el fondo como en la forma literaria la Novela de la Revolución Mexicana vuelve los ojos a nuestro país.

Al igual que las otras disciplinas artísticas como la pintura mural, la música y la escultura; este género literario ayudó a con formar una cultura nacional auténtica; legítima del pueblo mexicano. Pues aborda directa o simbólicamente los problemas centrales que dieron vida al movimiento revolucionario: la tenencia de la tierra, la sucesión presidencial, la retención u obtención del poder.

En lo que se refiere al tema aquí tratado, no todo está dicho; pero es deseable que sirva de referencia para estudios similares, puesto que el estudio de lo mexicano debe ser una opción a seguir.

B I B L I O G R A F I A

- 1.- Abreu Gómez, Ermilio. Antología de Martín Luis Guzmán. Editorial Oasis. México 1970.
- 2.- Abreu Gómez, Ermilio. El pensamiento político de Martín Luis Guzmán. Cuadernos de Literatura Popular, México 1968.
- 3.- Abreu Gómez, Ermilio. La expresión literaria de Martín Luis Guzmán. Cuadernos de Literatura Popular. México 1968.
- 4.- Arenas Guzmán. El periodismo en la Revolución Mexicana T.II de 1908 a 1917. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México 1967.
- 5.- Azuela Mariano. Andrés Pérez, maderista. Ed. Porrúa, México 1970.
- 6.- Azuela Mariano. Epistolario y archivo. Nueva Biblioteca Mexicana, Centro de Estudios Literarios, UNAM. México 1969.
- 7.- Azuela Mariano. Las moscas. Ed. Aguilar, México 1985.
- 8.- Azuela Mariano. Las tribulaciones de una familia decente. Ed. Porrúa, México 1970.
- 9.- Azuela Mariano. Los caciques. Ed. Aguilar, México 1985.
- 10.- Azuela Mariano. Los de abajo. Fondo de Cultura Económica. México 1982.
- 11.- Beristáin, Helena. Reflejos de la Revolución Mexicana en la Novela. Tesis UNAM, México 1963.

- 12.- Bravo Esparza, Norma. El periodismo en la Revolución Mexicana. Tesis de Periodismo, Universidad Femenina Mexicana, México 1968.
- 13.- Caso, Antonio, y Alfonso, Reyes. Conferencias del Ateneo de la Juventud. UNAM, México.
- 14.- Castro Leal, Antonio. La novela de la Revolución Mexicana, T. I. Ed. Aguilar, México 1985.
- 15.- C. González P. Historia de la Literatura Mexicana. Ed. Porrúa México 1945.
- 16.- Cockfrot, James. Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana. México 1974.
- 17.- El Colegio de México. Historia General de México T. II. El Colegio de México. México 1976.
- 18.- Guzmán, Martín Luis. A orillas del Hudson. Ed. Porrúa, México 1963.
- 19.- Guzmán, Martín Luis. El águila y la serpiente. Ed. Porrúa, México 1985.
- 20.- Guzmán, Martín Luis. La sombra del caudillo. Ed. Porrúa, México 1984.
- 21.- Guzmán, Martín Luis. Memorias de Pancho Villa. Ed. Porrúa, México 1984.
- 22.- Hernández Luna, Juan. Conferencias del Ateneo de la Juventud. UNAM, México 1971.
- 23.- Icaza, Xavier. La Revolución Mexicana y la Literatura. Palacio de Bellas Artes. México 1934.

- 24.- Leal, Luis. Mariano Azuela, vida y obra. Ed. De andrea, México 1961.
- 25.- Luna Olivo, Andrés. La Revolución Mexicana de 1910. Tesis Lic. en Comunicación y Periodismo. UNAM, México.
- 26.- Martínez, José Luis. Literatura mexicana del siglo XX. 1910-1949. SEP México 1963.
- 27.- Morton F. Rand. Los novelistas de la Revolución Mexicana. Ed. Cultura. México 1949.
- 28.- Monterde, Francisco. Dos novelas de la Revolución Mexicana; Los de abajo y La sombra del caudillo. Ed. SEP-UNAM 1982.
- 29.- Paz, Octavio. El laberinto de la soledad. F.C.E. México 1983.
- 30.- Quirarte, Martín. El Ateneo de la Juventud. UNAM México 1970.
- 31.- Schneider, Luis Mario. Ruptura y continuidad de la literatura mexicana. Centro de Estudios Literario. UNAM 1963.
- 32.- Vasconcelos, José. Ulises Criollo. Lecturas Mexicana. Fondo de Cultura Económica-SEP México 1982.
- 33.- Vigil, Andrew. La Revolución Mexicana en la Literatura. UNAM México 1956.